

OCTUBRE

BAJO LA BANDERA DE LA IV INTERNACIONAL

LEON TROTSKY

¡Por los EE. UU. Socialistas de América Latina!

(Recopilación de sus escritos sobre el tema)

VICTOR GUERRERO

La Política Continental de la Burguesía Argentina

E. RIVERI

Trotskyismo y Tendencias Pseudo-Trotskyistas en el Problema Nacional

LEON TROTSKY

NICETO ANDRES

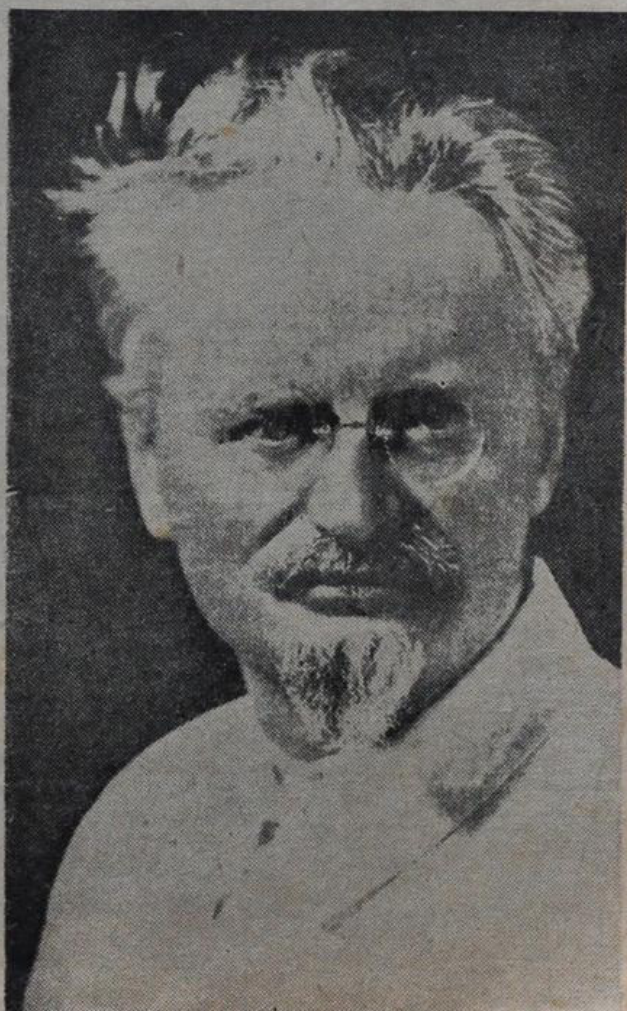
Lenín y la Cuestión Nacional

“Defender a la URSS como primera fortaleza del proletariado internacional, contra todos los asaltos del imperialismo mundial y de la contrarrevolución interna, es el deber más importante de todo obrero con conciencia de clase”.

ENERO - FEBRERO DE 1947

3

Buenos Aires - ARGENTINA



TROTSKY escribió:

(Declaraciones publicadas en
"Crítica" el 21 de Febrero de 1940)

EN la política, lo más importante y lo más difícil, según mi concepción, es establecer, por una parte, las leyes generales que determinan la vida y la lucha en todos los países del mundo actual; por otra parte, es descubrir la combinación particular de estas leyes en cada país dado.

"La humanidad actual, sin excepción alguna, desde los obreros británicos hasta los nómades etíopes, están viviendo bajo la opresión del imperialismo. Es imposible olvidar ésto un sólo instante. Pero ello no significa, de ninguna manera, que el imperialismo se manifieste en todos los países del mismo modo. No: ciertos países son campeones del imperialismo y los otros son sus víctimas. Esta es la línea fundamental de demarcación entre las naciones y los estados contemporáneos. Es desde este punto de vista y solamente desde él que se debe considerar en particular la cuestión tan actual del fascismo y de la democracia.

"La democracia para México, por ejemplo, significa el esfuerzo de un país semicolonial por arrancarse de una dependencia servil, entregar la tierra a los campesinos, elevar a los indios a un nivel más alto de civilización, etc. En otras palabras, las tareas democráticas de México tienen un carácter progresivo y revolucionario. Pero ¿qué significa la democracia en Inglaterra? Mantener lo que existe, es decir, ante todo la dominación de la metrópoli sobre las colonias. Lo mismo para Francia. La bandera de la democracia cubre en este caso la dominación imperialista de una minoría privilegiada sobre una mayoría oprimida.

"Exactamente de mismo manera es imposible hablar de "fascismo" en general. En Alemania, Italia y Japón, el fascismo y el militarismo son el instrumento de un imperialismo ávido, hambriento y, por consiguiente, agresivo. En los países latinoamericanos el fascismo es la expresión de la dependencia más servil hacia el imperialismo extranjero. Es necesario saber descubrir bajo la forma política el contenido económico y social.

"La conclusión de todo ésto es la siguiente: es imposible luchar contra el fascismo sin luchar contra el imperialismo. Los países coloniales y semicoloniales tienen que luchar ante todo contra el imperialismo que los oprime directamente, independientemente de que lleve la máscara del fascismo o de la democracia.

"En los países de Latinoamérica, el mejor método, el más seguro, de luchar contra el fascismo es la revolución agraria. Es solamente debido a que México ha dado en este camino pasos importantes que la revolución del general Cedillo quedó aislada. Al contrario, las derrotas crueles de los republicanos en España se explican solamente por el hecho de que el gobierno de Azaña, en alianza con los stalinistas, apastó la revolución agraria y el movimiento independiente de los obreros españoles. Una política socialconservadora y más aún si es reaccionaria significa, en el pleno sentido de la palabra, la traición a la Independencia nacional."

OCTUBRE

REVISTA MENSUAL DEL TROTSKYISMO

Año II (2a. época) - Enero-Febrero 1947 - No. 3

Correspondencia, valores y giros a E. ROMERO,
Casilla de Correo 844, Buenos Aires, ARGENTINA
Suscripción anual \$ 5 mlarg.

LO QUE CARACTERIZA A UN REVOLUCIONARIO

(Del artículo "Con Trotzky en Méjico", de Charles Cornell, publicado en "Fourth International", agosto de 1944.)

SU conocimiento de Méjico y su simpatía por la lucha de los obreros y campesinos contra los imperialistas y hacendados le permitían empeñarse en una íntima conversación con un obrero que pasaba por la casa o discutir la reforma agraria en los términos más simples con el campesino que encontraba en su paso.

"Creía que lo que caracteriza a un revolucionario es su actitud hacia los pueblos coloniales y sus luchas por la emancipación.

"Cualquier expresión de chauvinismo, cualquier reflejo, por veado que fuese, de la actitud burguesa hacia los pueblos coloniales despertaba la ira de Leo Davidovich, descargándola sobre la cabeza del que incurría en ella. Un notable ejemplo de esa sensibilidad tuvo ocasión de comprobarlo personalmente. Se recibió un día una carta de un izquierdista pequeño-burgués, que era miembro por entonces del SOCIALIST WORKERS PARTY. Este camarada, dicho sea de paso, era considerado una autoridad en cuestiones coloniales. En la carta se explicaba la dificultad que había encontrado un camarada para visitar al Viejo, por una demora sufrida en la frontera, diciendo que "se debía a la típica estupidez mejicana". Trotzky leyó la carta, subrayó la frase con lápiz azul y puso grandes signos de admiración al margen. Me la entregó con la expresa condición de que debía refutar esta caracterización de los mejicanos diciendo que era monstruosamente falsa y originada en la arrogante actitud del imperialista yanqui!

ERRATAS

En el artículo "La Política Continental de la Burguesía Argentina" se ha deslizado un error. En la página 4, segunda columna, línea 24, debe leerse: "La única Reforma Agraria posible ya en Argentina es la expropiación sin indemnización de los grandes latifundios y establecimientos oligárquico-imperialistas, y su entrega a los trabajadores agrícola-ganaderos".

En el artículo "Lenin y la Cuestión Nacional", pág. 12, segunda columna, suprimase la 6a. línea, y a partir de la línea 23, léase: "... Quienes sostienen tal posición no son ni pueden ser trotskistas. Ponemos en guardia a los obreros avanzados contra esta falsificación del programa de la IV Internacional."

OCTUBRE

BAJO LA BANDERA DE LA IV INTERNACIONAL

Año II - (2a. Epoca) Enero - Febrero de 1947

No. 3

La Política Continental de la Burguesía Argentina

★ Por VICTOR GUERRERO ★

LA burguesía industrial argentina está llegando al punto más alto de su carrera. Su actual apoyo económico determina simultáneamente el carácter firme de la situación política. El gobierno, en la plenitud de su fuerza, se ha lanzado a la realización del Plan Quinquenal; y se dispone a establecer la Unión Aduanera con Chile.

El triunfo del Partido Republicano en los EE. UU. y el nombramiento del General Marshall como Secretario de Estado debilita suplementariamente el apoyo de Washington a la "oposición" del capitalismo argentino. Los preparativos del asalto imperialista contra la URSS exigen la unidad militar del Hemisferio bajo la hegemonía yanqui. Los altos círculos militares intervienen cada vez más en la conducción de la política norteamericana, en directa correlación con el agravamiento de la crisis internacional. La posibilidad de un acuerdo de la Casa Blanca con la burguesía argentina aparecería impuesta por el próximo estallido del conflicto anisoviético. Esto implicaría, secundariamente, un fortalecimiento circunstancial del gobierno de Perón, aunque con una modificación paulatina de las relaciones de clase sobre las que se apoya.

Pero las fricciones inevitables con el imperialismo yanqui no serían suprimidas sino postergadas. Perón hace su juego sobre la perspectiva del caos histórico del imperialismo. El futuro inmediato dirá si la salida del actual "impasse" es la guerra sagrada contra la URSS o un breve período de "statu quo" amasado con la sangre de la represión a los levantamientos revolucionarios en los países oprimidos.

En los números 1 y 2 de octubre y 44 y 45 de "Frente Obrero" se ha ofrecido un cuadro del desarrollo histórico del país, sobre el cual se superestructuró el peronismo. Se hace necesario analizar hoy someramente las razones económicas y la trascendencia continental de la política burguesa argentina, expresadas a través del Plan Quinquenal y de la Unión Aduanera.

El plan quinquenal y América Latina

El Plan es inseparable de la Unión. Ambos constituyen una tentativa manifiesta de superar el aislamiento feudal de Chile y Argentina, auténtico detritus precapitalista impuesto por el imperialismo. Sin embargo, el Plan es a la vez reflejo de la debili-

dad de la burguesía argentina. El país no podrá alcanzar su total autodeterminación excepto negándose a sí mismo e integrándose en un vigoroso Estado Nacional Latinoamericano, según el ejemplo de los Estados Unidos en el siglo XVIII. Pero la burguesía argentina se encuentra impedida de formular su programa. El sombrío perfil del imperialismo yanqui la obliga a disimular con frases de protocolo la tremenda presión de la economía. Así puede explicarse la gran publicidad otorgada al Plan Quinquenal y la modesta referencia oficial a la Unión Aduanera.

La planificación de los inmensos recursos naturales de América Latina concebida como una unidad sería la única victoria real sobre el imperialismo. A pesar de sus limitaciones, el Plan tiende a ese fin. Las leyes del capitalismo son más poderosas que la diplomacia del dólar.

En artículos anteriores hemos afirmado que la crisis militares y económicas del imperialismo desarrollaron involuntariamente la industrialización de nuestros países rezagados. Pero su más importante resultado ha sido cohesionar un proletariado poderoso, que los recientes sucesos políticos argentinos y latinoamericanos han elevado a la altura de sus tareas revolucionarias nacionales. En el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin decía: "Los soldados coloniales aprendieron el manejo de las armas, que es un arte extraordinariamente útil... la guerra imperialista incorporó los pueblos dependientes a la historia mundial". A su propio modo, la marcha siempre impar de los acontecimientos ha empujado nuestros países atrasados a la historia mundial por la ruta de la industrialización. En una sociedad dominada por el imperialismo, y cuyo mercado mundial solvente es cada vez más restringido, la industrialización de los países coloniales y semicoloniales es un ataque directo a los superbeneficios de las metrópolis explotadoras. Pero la industrialización de América Latina, por el marco extraordinariamente estrecho de sus mercados regionales, no puede concebirse sin la eliminación de las trabas aduaneras y políticas. Dicho de otra manera, la burguesía argentina, que es la más fuerte de las burguesías latinoamericanas, se ve impelida a buscar un mercado continental "nacional" para su creciente producción industrial. La burguesía argentina conoce lo suficiente su negocio como para no comprender que 14 millones de habitantes no pueden absorber la producción de 1 millón de obreros industriales. La necesidad del mercado, como siempre, ha sido la

"primera escuela del nacionalismo" de la burguesía. Pero este nacionalismo no puede sino manifestarse sobre el terreno económico de América Latina. Esta política es caracterizada como "imperialista" por los lacayos ideológicos del imperialismo. En realidad se trata de tímidos intentos de superar por medio de acuerdos comerciales la enorme ficción de un gran país dividido en 20 mosaicos "nacionales". Este es el nudo de toda la cuestión.

Energía e imperialismo

El plan incluye la construcción de una red de centrales hidroeléctricas del Estado, que proporcionarán energía abundante y barata a distintas zonas del país, para fines industriales y familiares. El clásico desequilibrio económico nacional, producido por el trazado de la red ferroviaria británica y la gravitación imperialista, va a ser invertido. Algunos "revolucionarios" que por no sabemos qué razón aún no están en el partido socialista, han gastado mucha tinta tratando de probar que Perón es un agente del imperialismo inglés. Su principal argumento giraba sobre el hecho de que la CADE no había sido expropiada. Pero deducir de las debilidades y contradicciones de la burguesía nacional, incapaz quizá de hacer frente a un escándalo internacional como podría derivarse de una expropiación semejante, una directa subordinación al imperialismo inglés, es bajar al nivel donde la necesidad se combina con el oportunismo. La electrificación del país unida al desarrollo de la industria minera (para obtener combustibles sólidos y materias primas para la industria pesada) son hechos que prueban el contenido nacional de la política peronista. Durante décadas el imperialismo "reservó", por medio de testaferros, las principales zonas mineras conocidas en el país. Como es natural, no las explotó, pero esas reservas sirvieron para sofocar todo intento de explotación nacional. Las elevadas tarifas ferroviarias y aún la ausencia de líneas en las zonas adecuadas completaron esa asfixia.

Si es correcto que, como dice Trotsky, "la industrialización es el resorte propulsor de toda la cultura moderna, y por ello la única base concebible del socialismo", en un país semicolonial la industrialización cumple ante todo la función de debilitar la dominación imperialista.

¿Reforma agraria?

Las breves referencias contenidas en el Plan sobre el problema de la tierra han bastado para proporcionar, de un modo totalmente inesperado el programa político del stalinismo.

De los sepulcros blanqueados de su tradición "teórica", el stalinismo ha extraído y remozado un cadáver maloliente: La Reforma Agraria. Con esta fórmula largamente explicada por el pensador Codovilla, el Partido Comunista da un paso atrás con respecto al mismo Perón y se cubre de ridículo. Veamos cómo: El problema agrario en la Argentina excluimos naturalmente, de esta caracterización a los restantes países de América Latina— está substancialmente resuelto desde el punto de vista capitalista. Al mismo tiempo que desarrolló la industria nacional, la primera guerra imperialista ejerció otros efectos del mismo carácter en el campo. Al finalizar la contienda los productos agrícolas alcanzaron altos precios en el mercado mundial, por la desorganización de la producción europea. Esta ola de prosperidad permitió a nuevas capas de campesinos adquirir en propiedad las tierras que cultivaban; asimismo facilitó a otros arrendatarios establecer for-

más más capitalistas de relaciones, como sustitución de arrendos en especie por dinero, etc. Según una estimación de Horne hay en el país un 70 % de campesinado de tipo capitalista, arrendatarios acomodados y propietarios. Como en la evolución industrial, el campo argentino acentuó su marcha hacia niveles superiores aprovechando la crisis del imperialismo. Al mismo tiempo, la llamada "oligarquía" ha perdido ya en gran parte su antigua forma patriarcal. Intimamente ligada a ella, confundida en un mismo cuerpo, se ha desarrollado una vasta red de sociedades anónimas de capital imperialista. Numerosas estancias y grandes cabañas y explotaciones agropecuarias se encuentran en manos de inversores extranjeros. Dichos establecimientos producen y algunos industrializan la actividad económica tradicional. Hasta hace poco también la comercializaban. Es imposible distinguir en este cuadro a la oligarquía nacional del capital imperialista. Esto condiciona su unidad política.

Frente a estos elementos de juicio, el Gobierno ha frenado al Concejo Agrario y a su famosa Reforma Agraria, exigida por el representante de los "kulaks" argentinos, Manuel Antonio Molinari. La única Reforma agraria posible ya en Argentina es la experiencia histórica demuestra que la burguesía latifundios y establecimientos oligárquicos-imperialistas y su entrega a los trabajadores agrícola-ganaderos. Pero esta es una medida socialista. Como es obvio, Perón intenta, limitadamente, cumplir un programa burgués, no un programa socialista. Y si toda la experiencia histórica demuestra que la burguesía semi-colonial es incapaz de realizar sus propios objetivos hasta el fin, sería inútil agregar que no dará el menor paso que pueda conmover el derecho de propiedad burgués. De todo lo dicho debe deducirse que la consigna central de los stalinistas, que podríamos titular: "¡Siempre a destiempo!", ha sido cumplida ya por la historia. Y Perón lo ha comprendido mucho más rápidamente y a fondo que estos tristes iluminados del Stalinismo-marxismo!

Antecedentes históricos

En 1899 se reunió en Washington la primera Conferencia Panamericana. El águila yanqui abrió sus alas y proponía por primera vez en el continente la unión aduanera de las 3 Américas. La delegación argentina, bajo el dictado del imperialismo británico, dominante entonces en el país, se opuso tenazmente al proyecto, dirigido a absorber sin obstáculos la economía de América Latina y a desplazar la influencia inglesa en el Sur. Posteriormente, se realizaron distintas tentativas del imperialismo yanqui para establecer la Unión Aduanera de América.

Dichas proposiciones no llegaron a concretarse sobre todo por la oposición de fuertes sectores económicos de EE. UU., donde, como es sabido, el 90 % de la producción nacional se destinaba en la pre-guerra al mercado interno. Pero los intentos de las burguesías latinoamericanas de apoyarse mutuamente con pactos políticos y económicos poseían un profundo sentido histórico de autodefensa. Si EE. UU. proponía la Unión Aduanera como un instrumento de dominación, los Estados Latinoamericanos la postulaban para liberarse del imperialismo extranjero y ante todo, del imperialismo yanqui. Desde el siglo XVII, aún bajo la dominación española, las nacientes burguesías indígenas de América Latina, habían expresado su voluntad de refundir los antiguos Virreynatos en un Estado independiente y único. Resulta sugestivo comprobar que aún antes de la emancipación política, los grandes generales y aventureros militares de Latinoamérica formularon

con precisión este objetivo. Ya en 1792, el general Miranda, militar venezolano, exilado en Francia durante el período de la Gran Revolución de la burguesía francesa, entró en relaciones con el gobierno girondino para obtener apoyo en su proyecto.

Este consistía en crear un vasto "imperio colombiano" que se extendería desde el nacimiento del Misisipi hasta el Cabo de Hornos. Dicho estado sería gobernado por un monarca hereditario inca, limitado por una Constitución. La concepción de Miranda es recogida substancialmente por su compatriota Bolívar, aunque bajo una forma jurídica distinta. En 1822 el ejército victorioso de Bolívar aplastó a los españoles y forma la República de Colombia, Venezuela y Ecuador. El propósito central de Bolívar —y su mérito histórico indiscutible— fué el de formar una República Federal de América Latina. Convoca a tal efecto un Congreso en Panamá, en 1826. Pero las débiles burguesías latinoamericanas, enredadas aún en luchas intestinas y con un bajísimo nivel económico, rehusan la unificación nacional. Detrás de esta negativa, una investigación histórica cuidadosa descubriría la mano de la diplomacia pirata de Inglaterra. De tal forma la independencia política de la metrópoli española dejó en pie la mayor herencia feudal: la "balcanización". La Confederación andina de Bolívar (Colombia, Perú, y Bolivia) como los EE. UU. de América Central, son otros tantos esfuerzos frustrados de las incipientes burguesías latinoamericanas surgidos a lo largo del siglo XIX para escapar de la fragmentación política y la barbarie económica. Como no podía ser de otra manera, el desarrollo económico de ciertos países a costa de la descomposición del imperialismo (Argentina, Brasil, Chile, México, etc.) trajo como resultado el fortalecimiento de las tendencias hacia la unificación, que durante un siglo habían vivido en estado teórico. En el caso de la Argentina, por su menor dependencia de los EE. UU., su situación geográfica y las peculiaridades de su evolución, así como por la diversión ideológica intencionalmente alimentada por el imperialismo, los problemas continentales no llegaron nunca a influir en su política ni en su cultura. Su tradicional dependencia de Inglaterra empujaba al país a dar las espaldas a Latinoamérica. Los restantes Estados del Centro y Sud del hemisferio, en cambio, sometidos abierta o solapadamente a los "embajadores en mangas de camisa", según el calificativo cubano aplicado a Braden, habían aprendido en su propia carne la política colonial del imperialismo. De allí derivaron una sólida conciencia continental.

El rol argentino en América Latina

Pero la historia traza originales caminos. El crecimiento industrial argentino, el surgimiento consiguiente de su proletariado, la estrechez de su mercado "nacional", la desnuda hostilidad del imperialismo yanqui, la madurez política de la burguesía nativa, fueron los cinco factores que transformaron a la Argentina en la conductora del movimiento nacional en América Latina. Perón ha realizado con métodos "plebeyos" el reajuste político necesario a la burguesía nacional. Pero las fronteras argentinas resultan demasiado estrechas para el desarrollo actual de las fuerzas productivas. La "conciencia continental" de la burguesía nace, como ya lo hemos afirmado, de la inexorable necesidad de un mercado.

Y América Latina es un mercado de 130 millones de personas. El Plan Quinquenal argentino y la

Unión Aduanera con Chile son coeficientes de una misma política. El futuro inminente dirá cuáles son los límites últimos de esta expansión profundamente progresiva. Todo depende de la situación internacional y de la actitud de la clase obrera norteamericana y su vanguardia. El proletariado de las naciones dominantes no puede emanciparse si no ayuda a la emancipación de las naciones oprimidas. El deber de la vanguardia en los Estados Unidos es apoyar políticamente cada paso que el gobierno burgués nacionalista argentino efectúe contra el imperialismo. Solamente así podrá luchar por la revolución norteamericana, frenada únicamente por la superexplotación imperialista de los países atrasados. El gobierno Betancourt, el APRA peruano, el nacionalismo de Bolivia, el gobierno Dutra y el propio gobierno de Perón demuestran que la burguesía latinoamericana es incapaz de conducir vigorosamente una lucha declarada contra el imperialismo.

Al elevar y desarrollar hasta cierto grado la conciencia nacional de las grandes masas argentinas, el peronismo ha cumplido un rol histórico progresivo. Pero como aquel viejo mago de que habla Marx en el Manifiesto Comunista, ha desatado fuerzas que no podrá conjurar. Presionada por la lógica del desarrollo económico a buscar alianzas en América Latina, la burguesía encuentra en su camino a cada paso el puño de hierro del imperialismo yanqui, que no puede tolerar la amputación de "sus" mercados. Impotente para luchar militarmente con EE. UU. y temerosa de movilizar revolucionariamente a las masas contra él, la burguesía argentina terminará inevitablemente aliándose con el imperialismo para aplastar al proletariado y sacrificar al mismo tiempo su propio movimiento nacional. El proletariado se convierte pues en el heredero legítimo y en el albacea ejecutor de la revolución democrático-burguesa, como prólogo indispensable de su revolución. La solución de los problemas de una clase por otra, ha dicho Trotsky, es una característica de los países atrasados y sus combinaciones históricas. Por eso la independencia política del proletariado frente a la burguesía nacional es indispensable para una consecuente y decidida lucha ant imperialista. Sin necesidad de mezclar las banderas, la clase obrera y su vanguardia marcharán junto a la burguesía nacional sin confundirse jamás con ella, para golpear unidos al imperialismo. Ni por un momento es posible olvidar que solo el proletariado podrá resolver íntegramente los estadios históricos que la burguesía semicolonial teme atravesar.

El Plan Quinquenal y la Unión Aduanera con Chile limpiarán el camino de la clase obrera de las escorias feudales, harán retroceder al imperialismo de sus puestos de control de la economía argentina y continental restringiendo así sus mercados y agravando su crisis, y proveerán una escena histórica más amplia para la futura gran lucha entre la propia burguesía latinoamericana y el proletariado del continente.

SUSCRIBASE A 'OCTUBRE'

ESCRIBA A E. ROMERO, CASILLA DE CORREO 844, BUENOS AIRES

¡APOYE LA PRENSA LENINISTA!

TROTSKYSMO Y PSEUDOTROTSKYSMO EN EL PROBLEMA NACIONAL

★ Por E. RIVERI ★

El Movimiento Nacional

Se puede establecer como ley general, que la burguesía de los países rezagados es incapaz, en las condiciones de la dominación y agonía mundiales del imperialismo, de llevar a cabo las tareas de la revolución nacional (revolución agraria, unidad nacional, soberanía económica). Esta ley, que se apoya en toda la experiencia histórica, encuentra su más profundo fundamento en el hecho de que la cuestión nacional se plantea en esta época como producto de la crisis mundial del capitalismo.

La economía de los países atrasados se ha constituido no como un duplicado sino como un suplemento de la economía de las naciones avanzadas y no ha podido "ajustarse en su desarrollo a la concatenación de las etapas sucesivas" (Trotsky), al modo de las últimas. En la época de su ascenso, el capitalismo partía de un crecimiento más o menos armónico de las fuerzas productivas primeramente sobre una base nacional, para luego ensanchar esta mundialmente. Pero en los países retrasados, en razón de su dependencia de las metrópolis imperialistas, asistimos a un monstruoso desarrollo de ciertas ramas de su economía —las que interesan al imperialismo— directamente sobre un plano mundial (el estaño boliviano, el azúcar cubano, el salitre y el cobre chilenos, el petróleo venezolano, el café brasileño, el trigo y la carne argentinos, etc., etc.). En cambio otras ramas de la producción —las industriales particularmente— han sido deliberadamente coartadas por el imperialismo y sólo han visto la luz y experimentado cierto incremento a causa de las tres grandes crisis del sistema capitalista mundial (la guerra de 1914-18, la crisis de 1929, la última guerra), que interrumpieron las relaciones económico-financieras tradicionales.

Esta situación fué más o menos soportada, a pesar de las inevitables contradicciones, mientras el sistema capitalista considerado como un todo fué susceptible de corresponder al desarrollo de las fuerzas productivas. Pero en 1914, con la primera guerra mundial, comenzó la crisis definitiva del mismo, caracterizada por la continua contracción del consumo, que hace descender los precios por debajo de los costos de producción. La crisis asola del modo más siniestro y concentrado a los países atrasados por la unilateralidad e insuficiencia de su desarrollo económico y su dependencia del imperialismo, que busca amenguar su crisis reforzando la explotación de sus colonias y semicolonias. Las tareas nacionales se plantean precisamente por la imperiosa necesidad de amortiguar los efectos de la crisis superando esa tremenda desproporción en el desarrollo de las diversas ramas de la economía, mediante la remodelación de ésta en torno a un nuevo eje (la industria). El campesinado pobre y medio, el proletariado agrícola y urbano, la pequeña burguesía y la burguesía industrial se ponen en lucha contra el imperialismo, que es el factor principal que mantiene a los países rezagados en la miseria y el atraso. Como expresión de esa lu-

cha común contra el imperialismo surgen los movimientos nacionales.

El papel del proletariado

nativo.

Dado que la industria de los países atrasados está muy poco desarrollada y que las clases medias constituyen la mayoría preponderante de la población, la tarea inmediata que se les plantea no es el socialismo, sino ante todo hacer la revolución democrática-burguesa, es decir, la revolución agraria y la unidad nacional. Ambas tareas son el contenido del movimiento nacional y su respectivo peso específico se encuentra determinado por la estructura del país dado y su relación con otros similares.

Pero a diferencia de la época del ascenso capitalista, las tareas clásicas de la revolución democrática hallanse imbuídas de un nuevo contenido. No se plantean como consecuencia de la contradicción entre un capitalismo que se expande y el feudalismo, sino a causa de la crisis de estructura del régimen capitalista en su etapa imperialista, y las masas en movimiento —especialmente el proletariado—, a medida que ahondan en su lucha, son llevadas, por la naturaleza misma de las cosas, a enfrentarse con el régimen en su conjunto, amenazando también a la burguesía nacional explotadora, ligada económica y financieramente al mismo desde su origen y por su desarrollo. En estas condiciones, la socialización de los medios de producción se convierte en la primera condición para sacar a los países rezagados de la barbarie: "tal es —dice Trotsky— la ley del desarrollo combinado de los países atrasados". El proletariado deviene la fuerza dirigente de la revolución nacional.

La política de la burguesía.

Pero de la incapacidad de la burguesía de los países rezagados para realizar las tareas de la revolución nacional no se deduce en absoluto que no intente hacerlo. Toda su política oscila permanentemente en torno a dos grandes cuestiones. La primera en orden de importancia es "mantener su dominación sobre el proletariado y los campesinos pobres"; y la segunda, "casi de vida o muerte", crear "un mercado interior único y protegerlo contra las mercancías extranjeras". "Es evidente —dice Trotsky en "El gran organizador de derrotas"—, que la burguesía no viene al campo de los revolucionarios al azar ni a la ligera, sino porque sufre la presión de sus intereses de clase. Después, por temor a las masas abandona la revolución o le manifiesta abiertamente el odio que había disimulado. Pero no puede pasar definitivamente al campo de la contrarrevolución, es decir, liberarse de la necesidad de "sostener" de nuevo a la revolución, o, al menos, de coquetear con ella, más que cuando con métodos revolucionarios o de otra especie (bismarckianos, por

ejemplo), logra satisfacer sus aspiraciones fundamentales de clase".

Por esta razón, la política de la burguesía colonial o semicolonial consiste en una serie de zig-zags. Y resulta el mayor de los absurdos antidualécticos y el peor error que se pueda cometer el querer fijar de antemano a la burguesía un rol reaccionario o revolucionario.

La política del proletariado.

La política del partido revolucionario se basa en el conocimiento de los intereses de las otras clases de la población y en la previsión de sus movimientos. Los continuos virajes de la burguesía nacional, así como su traición inevitable en cierta etapa de la lucha; la imposibilidad para el campesinado y la pequeña burguesía en general de determinar por sí mismos su política, que los obliga a caer ya bajo la dependencia de la burguesía, ya bajo la dependencia del proletariado, exigen a éste constituirse en un partido independiente y confiar únicamente en sus propias fuerzas. Pero tanto como eso, dado que el proletariado es en los países atrasados la minoría, le exige el saber utilizar, en su lucha revolucionaria por el poder, el apoyo de las demás clases oprimidas de la nación, que constituyen la aplastante mayoría y para ello necesita convertirse en el campeón de la lucha por la realización de las tareas nacionales, que por su propia naturaleza de clase combina con las socialistas. Sin ésto, jamás el proletariado de los países atrasados logrará derrotar a la burguesía e instaurar su dictadura.

Las tendencias

pseudotrotskyistas.

No obstante, asistimos en el seno de lo que ha dado en llamarse "nuestro movimiento", del cual habrá que delimitar bien lo que es nuestro auténticamente y lo que es de otros, a tendencias cuyo mínimo común múltiplo está dado por su intento de

impedir la adopción, por parte del proletariado, del programa de las tareas nacionales. ¡El íntimo secreto de tales tendencias pseudotrotskyistas ya lo expresó Lenin hace mucho tiempo, cuando escribía que ignorar el nacionalismo de la nación oprimida significa apoyar inevitablemente al nacionalismo de la opresora!

En el plano ideológico estas tendencias se caracterizan por:

- 1) Desconocimiento del carácter colonial o semicolonial de los países de América Latina, especialmente por medio de la identificación de la consigna de los Estados Unidos Socialistas de América Latina con la de los Estados Unidos Socialistas de Europa.
- 2) Negación del carácter semicolonial de la Argentina en particular, con una subtendencia, que exige precisar el cómo y en qué etapa.
- 3) Interpretación de la lucha de la burguesía nacional contra el imperialismo como lucha interimperialista.
- 4) Afirmación de la absoluta identidad de intereses de la burguesía nacional con el imperialismo.
- 5) La burguesía nacional es el principal enemigo. Para "convencer" a los recalcitrantes se le aplican los rótulos de "fascista" o "bonapartista", privados de su significación concreta de clase. Es aquí donde se manifiesta particularmente el terrorismo ideológico del imperialismo.

En un próximo artículo nos ocuparemos especialmente de la cuestión del "bonapartismo", comenzando por constatar que esta tendencia no hace la menor discriminación de clase del bonapartismo semicolonial, asimilándolo automáticamente al actual bonapartismo de los países de la Europa Occidental. Entendemos que un estudio detenido de esa cuestión, particularmente a la luz del análisis que efectuara Trotsky en sus dos artículos: "La administración obrera en la industria nacionalizada" y "Los sindicatos obreros en la época del imperialismo", servirá para aclararnos todo lo demás.

Lenín y la Cuestión Nacional

★ Por NICETO ANDRES ★

EL ciclo ascendente del capitalismo llegó a su fin —como es sabido— en agosto de 1914. La primera conflagración imperialista fué su sangriento epílogo. Se abrió entonces una nueva época, la época de la descomposición del capitalismo, la época del arreglo definitivo de cuentas entre el proletariado y la burguesía.

La monstruosa agudización de las contradicciones inter-imperialistas, los indecibles sufrimientos de las masas —martirizadas por la guerra, por la miseria, por el embrutecimiento físico y moral—, la ignominiosa traición de los partidos Social-Demócratas produjeron una neta demarcación entre el sector revolucionario de la II Internacional y su sector oportunista. En septiembre de 1915, el ala izquierda de Zimmerwald, en forma decidida, dio los primeros pasos hacia la formación de una nueva Internacional, la III.

Pero la agudización de las contradicciones sociales no produce solamente una separación neta entre

oportunistas y revolucionarios bolcheviques. La produce también entre éstos y los ultraizquierdistas, para quienes la contradicción mayor —burguesía imperialista por un lado, proletariado revolucionario por otro— no solamente subordina, sino que también elimina las contradicciones menores que provienen de las supervivencias precapitalistas y premonopolistas. Nos referimos aquí al problema agrario y a la cuestión nacional.

El ultraizquierdismo, a su vez, da una forma política a las tendencias centrifugas de un sector que también es una supervivencia histórica: la pequeña burguesía. En épocas revolucionarias ésta se radicaliza, y traslada al terreno de la lucha social su rasgo fundamental: la inestabilidad, que tiene raíces económicas en la proletarianización de ciertos estratos y el aburguesamiento de otros, y frutos ideológicos, como el irracionalismo, el misticismo en filosofía, el ultraizquierdismo, el fascismo en política.

Ahora bien: la lucha de tendencias en el movimiento proletario es una expresión concentrada de

la lucha de clases. Las desviaciones de derecha, oportunistas (que en períodos críticos derivan al social patriotismo y a la contrarrevolución), expresan los intereses políticos de la burguesía monopolista, imperialista. Las desviaciones ultraizquierdistas (la enfermedad infantil del comunismo, como las llamaba Lenin), expresan la confusión política de la pequeña burguesía radicalizada.

Pero sólo hay dos clases fundamentales en la sociedad actual: la clase obrera y la burguesía. La pequeña burguesía no juega ningún papel independiente en el plano político, como no lo juega en el plano económico. O es revolucionaria, siguiendo al proletariado, o es contrarrevolucionaria, siguiendo al imperialismo. La dialéctica de la historia no le ha dejado un camino abierto entre ambos. El pequeño burgués —tan amante del "término medio"— se transforma en un extremista: ultraizquierdista o fascista. En ambos casos sirve los intereses del imperialismo.

El ultraizquierdismo, en particular, los sirve obstaculizando la elaboración de una estrategia y de una táctica correctas. Ignora dos leyes fundamentales de la dialéctica: que la verdad es siempre concreta y que las partes están subordinadas al todo. El ultraizquierdismo, típicamente, abstrae e hipertrofia los polos de la contradicción, convirtiéndola en una vulgar antinomia, y cerrándose el camino para la síntesis. Por otra parte, no tarda en poner de manifiesto su raíz histórica última —la presión del imperialismo— deslizándose hacia posiciones oportunistas. El ultimatismo se convierte en capitulacionismo (1).

Correlativamente, el oportunismo aparece muchas veces envuelto en una fraseología radical. Pero hay una diferencia importante. El ultraizquierdista es, en cierta medida, víctima de su propia incompreensión de la realidad, frente a la cual, al sentirse impotente, se refugia en esperanzas irracionales, cultivando la frase heroica. En el oportunista, en cambio, la fraseología radical no es nada más que la cortina de humo con que pretende ocultar su capitulación frente al enemigo de clase.

El Bolchevismo

El bolchevismo rechaza ambas desviaciones, señalando sus raíces de clase. Acude a la caracterización social de las tendencias, único método marxista para explicar su origen y prever su desarrollo. Como representante de los intereses históricos del proletariado, es su deber denunciar sistemáticamente las tentativas de infiltración del enemigo en las filas revolucionarias. "Hay que mantener la casa limpia" (Trotsky).

El bolchevismo lucha contra el menor matiz en que puedan consolidarse luego desviaciones. "Del rasguño al peligro de gangrena", intituló Trotsky uno de sus artículos contra la desviación pequeño-burguesa de Shachtman (2). "De la consolidación de tal o cual matiz pueda depender durante muchos años el porvenir del movimiento revolucionario" (Lenin, en el "¿Qué hacer?").

Lenin y la Autodeterminación de las Naciones

La agudización de las contradicciones sociales intensifica también la lucha de tendencias en el movimiento marxista. Bajo formas constantemente renovadas, bajo nuevos disfraces detrás de los cuales se ocultan caras bien conocidas, el imperialismo presiona implacablemente para sobornar, enervar,

y mellar el filo de las armas revolucionarias.

De ahí que los bolcheviques, con firme vigilancia revolucionaria, deben hacer frente al enemigo en todos los planos de la actividad, tanto teórica como práctica. Lenin estaba tan en la primera línea de la batalla revolucionaria cuando polemizaba contra Bogdanov y Lunacharsky sobre problemas filosóficos, como cuando en 1917 preparaba a su partido para la toma del poder.

En ningún país la cuestión nacional ha sido tan oscurecida por el imperialismo y sus sirvientes como en América Latina. Por eso, adquiere especial significado, en este momento en que la tarea histórica del proletariado latinoamericano es construir su partido revolucionario, el estudio de la polémica que Lenin desarrolló sobre la cuestión nacional entre 1914-1917 contra la tendencia ultraizquierdista, oportunista cuyo principal exponente fue la gran revolucionaria Rosa Luxemburgo.

Luxemburgo había negado el valor "práctico" de la consigna de la autodeterminación de las naciones. Según ella, por otra parte, reconocer el derecho a la autodeterminación significaba apoyar el nacionalismo burgués de las naciones oprimidas.

Lenin empieza señalando que:

En todo el mundo, la época del triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo estuvo ligada a movimientos nacionales. Económicamente, estos movimientos se basan en que, para que sea posible un triunfo completo de la producción mercantil, es preciso que la burguesía conquiste el mercado interior; es preciso que territorios con población de un sólo idioma adquieran cohesión estatal, quedando eliminados cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese idioma y a su consolidación en la literatura. El idioma es el medio esencial de trato entre los hombres; la unidad de idioma y su libre desarrollo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia, que responda al capitalismo actual; de una agrupación libre y amplia de la población en todas las diversas clases; es, por último lo que condiciona la estrecha relación del mercado con todo propietario o pequeño propietario, vendedor y comprador.

Por ello, todo movimiento nacional tiende a la formación de Estados Nacionales, que son los que mejor responden a estas exigencias del capitalismo actual. Impulsan a ello los factores económicos más profundos, y para toda la Europa Occidental, es más, para todo el mundo civilizado, el Estado nacional es por ello lo típico, lo normal en el período capitalista. Por consiguiente, si queremos entender lo que significa la autodeterminación de las naciones, sin jugar a definiciones jurídicas ni "inventar" definiciones abstractas, sino examinando las condiciones histórico-económicas de los movimientos nacionales, llegaremos inevitablemente a la conclusión siguiente: por autodeterminación de las naciones se entiende su separación estatal de las colectividades nacionales distintas, se entiende la formación de un Estado Nacional independiente.

La teoría marxista —prosigue Lenin más adelante— exige de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico determinado, y después, si se trata de un solo país (por ejemplo, del programa nacional para un país determinado) que se tengan en cuenta las particularidades concretas que distinguen a este país de los demás dentro del marco de una misma época histórica.

¿Qué significa este requisito absoluto del marxismo aplicado a nuestro problema?

En primer lugar significa que es preciso distinguir rigurosamente dos épocas del capitalismo, radicalmente distintas desde el punto de vista de los movimientos nacionales. Por una parte, tenemos la época del derrumbamiento del feudalismo y del absolutismo, la época en que se están formando la sociedad y el Estado democrático-burgueses, en que los movimientos nacionales adquieren por vez primera el carácter de movimientos de masas, incorporando de uno u otro modo a todas las clases de la población a la política por medio de la prensa, de su participación en instituciones representativas, etc. Por otra parte, presenciamos una época en que los Estados capitalistas están completamente estructurados, con un régimen constitucional hace ya tiempo establecido, muy desarrollado el antagonismo entre proletariado y burguesía: una época

que puede llamarse vispera del hundimiento del capitalismo.

Lo típico de la primera época es el despertar de los movimientos nacionales, el hecho de que se incorporen a ellos los campesinos, como el sector de la población más numeroso y más "difícil de alzar", en relación con la lucha por la libertad política en general y por los derechos de la nacionalidad en particular. Para la segunda época, lo típico es la ausencia de movimientos democrático-burgueses de masas, cuando el capitalismo desarrollado, aproximando y amalgamando cada vez más las naciones, ya plenamente incorporadas al intercambio comercial, pone en primer plano el antagonismo entre el capital internacionalmente fundido y el movimiento obrero internacional.

Claro que estas dos épocas no están separadas entre sí por una muralla, sino ligadas por numerosos eslabones de transición, distinguiéndose, además, los diversos países por la rapidez del desarrollo nacional, por la composición nacional de su población, por su distribución, etc., etc. No puede ni hablarse de que los marxistas de un país determinado procedan a elaborar el programa nacional sin tener en cuenta estas condiciones históricas generales y las circunstancias estatales concretas. (2)

El camino del bolchevismo es siempre el más difícil. Se separa del oportunismo por su inquebrantable política de principios, y del ultrazquierdismo por su cuidadoso examen de todas las circunstancias concretas que orientan el desarrollo histórico por cauces determinados, independientes de la voluntad del partido revolucionario. La misión de éste es hacer pie en todas las contradicciones reales y transformarlas en palancas de su acónclon sobre las masas. Contrariamente al ultraizquierdismo que —fíel a su origen pequeño-burgués— vive "en el mundo cerrado de la imaginación", el bolchevismo empieza por reconocer lo que es. Saber qué terreno pisa, con qué fuerzas se cuenta, cuáles son las fuerzas del adversario, en qué forma varía la correlación de ambas, es el primer deber de un político revolucionario.

Pero justamente porque el bolchevismo pisa firmemente sobre la realidad, es "duro" como la misma realidad lo es, desprecia la solución más "fácil", renuncia a todo camino "cómodo", a todo practicismo. Para los lacayos de la minoría explotadora es "práctico" carecer de principios y de programa. Para la mayoría explotada, lo único "práctico" es un programa revolucionario, pues para ella la única solución "práctica" es la revolución.

De ahí que Lenin defendiera el programa bolchevique contra quienes lo acusaban de no ser "práctico".

Los oportunistas —dice en el mismo folleto (4)— con celo singular, han hecho suyo el argumento de Rosa Luxemburgo de que el artículo 9 de nuestro programa (referente al derecho de autodeterminación de las naciones - N. A.) no contiene nada "práctico". Rosa Luxemburgo está tan entusiasmada con este argumento que encontramos a veces en su artículo ocho veces, en una misma página, la repetición de esa "consigna".

El artículo 9 "no da —dice ella— ninguna indicación práctica para la política cotidiana del proletariado, ninguna solución práctica de los problemas nacionales".

Analicemos este argumento, que otras veces se formula de tal modo, que el artículo 9 o no expresa absolutamente nada u obliga a apoyar todas las aspiraciones nacionales.

¿Qué significa el requisito de valor "práctico" en el problema nacional?

O bien un apoyo a todas las aspiraciones nacionales; o el contestar: "sí o no" al problema de la separación de cada nación; o en general el grado en que son inmediatamente "realizables" las reivindicaciones nacionales.

Examinemos todos estos tres sentidos posibles en la exigencia de "practicismo".

La burguesía, que naturalmente, actúa en los comienzos de todo movimiento nacional como hegemón (dirigente) del mismo, llama labor práctica a la prestación de apoyo a todas las aspiraciones nacionales. Pero la política del proletariado, en el problema nacio-

nal (como en los demás problemas), sólo apoya a la burguesía en una dirección determinada, pero nunca coincide con su política. La clase obrera sólo apoya a la burguesía mirando por el mantenimiento de la paz entre los pueblos de una nación (que la burguesía no puede dar plenamente y que sólo es realizable en la medida de una completa democratización), mirando por la igualdad jurídica, por una situación más favorable para la lucha de clases. De ahí que, precisamente contra el practicismo de la burguesía, los proletarios propugnen una política de principios en el problema nacional, prestando a la burguesía sólo un apoyo condicionado. En la cuestión nacional, toda burguesía desea o privilegios para su nación o ventajas exclusivas para ésta; precisamente esto es lo que se llama "práctico". El proletariado está en contra de toda clase de privilegios, en contra de toda clase de derechos exclusivos. Exigirle "practicismo" significa ir a remolque de la burguesía, caer en oportunismo.

¿Contestar "sí o no" en lo que se refiere a la separación de cada nación? Parece una reivindicación sumamente "práctica". Pero, en realidad, es absurda, teóricamente metafísica, y en la práctica conduce a subordinar al proletariado a la política de la burguesía. La burguesía coloca siempre en primer plano sus reivindicaciones nacionales. Y las plantea de un modo incondicional. El proletariado las subordina a los intereses de la lucha de clases. Teóricamente, no puede garantizarse de antemano que la separación de una nación determinada o bien su igualdad jurídica con otra llevará hasta su término la revolución democrático-burguesa. Al proletariado le importa, en ambos casos, garantizar el desarrollo de su clase; a la burguesía le importa dificultar este desarrollo, posponiendo las tareas que impone a las de "su" nación. Por eso, el proletariado se limita a la reivindicación negativa, por así decir, de reconocer el derecho a la autodeterminación, sin garantizarlo a ninguna nación, sin comprometerse a dar nada a expensas de otra nación.

Aunque esto no sea "práctico", es de hecho lo que garantiza con mayor seguridad la más democrática de las soluciones posibles; el proletariado necesita tan solo estas garantías, mientras que la burguesía de cada nación necesita garantías de sus ventajas, sin tener en cuenta la situación (los posibles inconvenientes de otras naciones).

Lo que más interesa a la burguesía es que una reivindicación determinada sea "realizable"; de aquí la eterna política de compromisos con la burguesía de otras naciones en detrimento del proletariado. En cambio al proletariado le importa fortalecer su clase contra la burguesía, educar a las masas en un espíritu de democracia consecuente (5) y de socialismo.

Y aunque esto no sea "práctico" para los oportunistas, es la única garantía real, la garantía de la máxima igualdad nacional y de la paz entre los pueblos, a despecho tanto de los señores feudales como de la burguesía nacionalista.

Toda la misión de los proletarios en el problema nacional "no es práctica", desde el punto de vista de la burguesía nacionalista de cada nación, porque los proletarios exigen la igualdad "abstracta", la ausencia del más mínimo privilegio en principio, siendo enemigos de todo nacionalismo...

La burguesía de las naciones oprimidas, en aras del carácter "práctico" de sus reivindicaciones, va a llamar al proletariado a apoyar incondicionalmente sus aspiraciones. ¿Lo más práctico sería decir determinadamente "sí" a la separación de tal o cual nación, y no al derecho de todas y toda clase de naciones a la separación!

El proletariado se opone a semejante practicismo: reconociendo la igualdad nacional y derecho igual a formar un Estado nacional, aprecia y coloca por encima de todo la unión de los proletarios de todas las naciones, valorando toda reivindicación nacional, toda separación nacional bajo el ángulo de la lucha de clases de los obreros. La consigna del practicismo no es en realidad, sino la consigna de aceptar sin crítica las aspiraciones burguesas.

Se nos dice: apoyando el derecho a la separación, apoyais el nacionalismo burgués de las naciones oprimidas. ¡Esto es lo que dice Rosa Luxemburgo, y lo que tras ella repite el oportunista Siemkovski!

Nosotros contestamos: no, precisamente a la burguesía es a quien le interesa aquí una solución "práctica", mientras que a los obreros les importa la separación en principio de las dos tendencias. En la medida en que la burguesía de una nación oprimida lucha contra la opresora, nosotros estamos por ello, siempre, en todos los casos y con más decisión que nadie, a favor, ya que somos los enemigos más audaces y consecuentes de la opresión. En la medida en que la burguesía de la nación oprimida está por su nacio-

nalismo burgués estamos en contra. Lucha contra los privilegios y violencias de la nación opresora y ninguna concesión a la tendencia de la nación oprimida hacia los privilegios...

En todo nacionalismo de una nación oprimida hay un contenido general democrático contra la opresión, y a este contenido si le prestamos un apoyo incondicional, apartando rigurosamente la tendencia a su derecho nacional exclusivo, luchando contra la tendencia del burgués polaco a oprimir al judío, etc., etc.

Esto "no es práctico", desde el punto de vista burgués y filisteo. Pero es la única política práctica y de principios, la única que de verdad ayuda a la democracia, a la libertad y a la unión proletaria.

Negarse a reconocer toda diferencia entre los países opresores y los oprimidos fué un rasgo típico del oportunismo de la II Internacional. Volvemos a encontrar este mismo rasgo en "El Militante" de Buenos Aires y sus afines, que hablan de la "burguesía" en general, y del "proletariado" en general. Contra todos ellos escribió Lenin lo que sigue: (6).

¿Es la condición real de los obreros en las naciones opresoras la misma que la situación de los obreros en las naciones oprimidas, desde el punto de vista del problema nacional?

No, no es la misma.

1) Económicamente, la diferencia consiste en que algunos sectores en las naciones opresoras reciben migajas de los superbeneficios que la burguesía de las naciones opresoras obtiene por la explotación "extra" de los obreros de las naciones oprimidas. Más aún, los datos económicos muestran que en las naciones opresoras se transforman en "obrero de oficio" un porcentaje mayor que en las naciones oprimidas. Hasta cierto punto los obreros de la nación opresora participan con su burguesía en el saqueo de los obreros (y las masas de la población) de las naciones oprimidas.

2) Políticamente, la diferencia consiste en que los obreros de las naciones opresoras ocupan una posición privilegiada en muchas esferas de la vida política en comparación con los obreros de las naciones oprimidas.

3) Intelectualmente o espiritualmente, la diferencia consiste en que a los obreros de las naciones opresoras se les enseña, en la escuela y en la vida diaria, a mirar a los obreros de las naciones oprimidas con desdén y desprecio.

Así, en toda la línea, vemos diferencias en la situación objetiva, esto es, hay "dualismo" en el mundo objetivo, que es independiente de la voluntad y la conciencia de los individuos.

Siendo éste el caso, ¿qué puede decirse acerca de la frase de Kiexsky: la acción "monista" de la Internacional? (7).

Es una frase sonora y vacía, y nada más.

Con el fin que la acción de la Internacional — que en la vida real consiste en obreros divididos en aquellos pertenecientes a las naciones opresoras y aquellos pertenecientes a las naciones oprimidas — pueda ser una acción monista, la propaganda debe ser conducida en forma diferente en cada caso. ¡Así es como podemos argumentar desde el punto de vista del verdadero monismo (no a lo Dühring), desde el punto de vista del materialismo marxista!

La Concepción Leninista de la Revolución

La revolución social es un acontecimiento cuya sola inminencia tiene la virtud de conmover las conciencias, de trastocar los conceptos y de hacer flaquear las voluntades. ¡Y no es de extrañar! La revolución emancipadora es el acto histórico en que el proletariado, habiendo adquirido conciencia de que es una clase "en sí", se afirma como una clase "para sí", subvirtiendo toda la superestructura jurídica e ideológica que se ha erigido sobre sus espaldas.

Pero esa toma de conciencia, la revolución social, debe ser entendida en sentido materialista dialéctico. Desde este punto de vista ese acto histórico es un proceso. La muerte de la burguesía es un proceso, tanto como lo es la muerte fisiológica. Esta es la posición de la teoría marxista.

En cambio para el ideólogo burgués o pequeño-burgués las cosas se presentan de otro modo. El

proceso se reduce a un acto. Como en la concepción aristotélica de la tragedia, los metafísicos de la revolución la exigen a esta unidad de tiempo y de lugar. Y si no se cumple este imperioso requisito, si el proletariado no hace la revolución cuándo y cómo lo señalan los "dictados de la razón", los ideólogos del imperialismo, los Kaustsky, los Shachtman y Cia. lo denigrarán, lo calumniarán y lo condenarán. Las filas de la reacción se nutren de "revolucionarios" desilusionados, amargados, fracasados, de deshechos humanos que nunca consiguieron librarse de sus prejuicios idealistas, anti-dialécticos.

Por eso los forjadores del socialismo científico lucharon sin descanso contra la concepción metafísica de la revolución. En sus tesis sobre "La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación" (Marzo de 1916) Lenin escribía:

La Revolución socialista no es un acto único, no es una batalla única sobre un único frente, sino que es toda una época de intensificados conflictos de clase, una larga serie de batallas sobre todos los frentes, esto es, batallas sobre todos los problemas de la economía y de la política, que pueden culminar tan sólo con la expropiación de la burguesía. Sería un error fundamental suponer que la lucha por la democracia (8) puede apartar al proletario de la revolución socialista, u oscurecerla, o desplazarla. Por el contrario, del mismo modo que el socialismo no puede triunfar a menos que introduzca una completa democracia, as también el proletariado no podrá prepararse para la victoria sobre la burguesía a menos que conduzca una lucha multilateral, consecuente y revolucionaria por la democracia.

Sería no menos erróneo suprimir cualquiera de los puntos del programa democrático, por ejemplo, el punto de la autodeterminación de las naciones, sobre la base de que es "imposible" o de que es "ilusorio" bajo el imperialismo. La afirmación de que el derecho de las naciones a la autodeterminación no puede ser logrado dentro del marco del capitalismo, puede interpretarse en su sentido absoluto, económico, o en el sentido político, convencional.

En el primer caso la afirmación es absolutamente falsa desde el punto de vista teórico. En primer término, en este sentido, es imposible lograr cosas tales como la moneda obrera, o la abolición de las crisis, etc., bajo el capitalismo. Pero es enteramente incorrecto argüir que la autodeterminación de las naciones es asimismo imposible. En segundo lugar, aún el único ejemplo de la secesión de Noruega de Suecia en 1905 es suficiente para refutar el argumento de que es "imposible" en este sentido. Tercero, sería ridículo negar que, con un ligero cambio en las relaciones políticas y estratégicas, por ejemplo entre Alemania e Inglaterra, la formación de nuevos estados — polaco, hindú, etc. — sería del todo "posible" muy pronto. Cuarto, el capital financiero, en su lucha por la expansión, comprará y sobornará "libremente" el gobierno más libre, democrático y republicano y los funcionarios elegidos de cualquier país, por más "independiente" que sea. La dominación del capital financiero, como del capital en general, no puede ser abolida por ninguna clase de reformas en el terreno de la democracia política, y la autodeterminación pertenece enteramente a este terreno. Sin embargo, la dominación del capital financiero no destruye en lo más mínimo el significado de la democracia política, como la forma más libre, amplia y clara de opresión de clase y de lucha de clases. De ahí que todos los argumentos acerca de la "imposibilidad de lograr", económicamente hablando, una de las reivindicaciones de la democracia política bajo el capitalismo se reducen a una definición teóricamente incorrecta de las relaciones generales y fundamentales del capitalismo y de la democracia política en general.

En el segundo caso, esta afirmación es incompleta y carente de precisión, pues no sólo el derecho de las naciones a la autodeterminación, sino todas las reivindicaciones fundamentales de la democracia política son "posibles de lograr" bajo el imperialismo, solo que incompletas, en una forma mutilada y como una rara excepción (por ejemplo, la secesión de Noruega de Suecia en 1905). La reivindicación de la inmediata liberación de las colonias, tal como fué sostenida por todos los Social-Demócratas revolucionarios, es también imposible de lograr" bajo el capitalismo sin una serie de revoluciones. Esto no implica, sin embargo, que la Social-Democracia deba abstenerse de conducir una lucha inmediata y decidida por todas estas reivindicaciones — abstenerse sería ventajoso tan sólo para la burguesía y la reacción. Por el contrario, im-

plica que es necesario formular y poner sobre el tapete todas estas reivindicaciones, no en una forma reformista sino en una forma revolucionaria; no manteniéndose dentro del marco de la legalidad burguesa, sino, desbordándolo; no limitándose a discursos parlamentarios y a protestas verbales, sino llevando las masas a una verdadera acción, extendiendo y fomentando la lucha por toda clase de reivindicaciones democráticas y fundamentales, llegando hasta e incluyendo la embestida directa del proletariado contra la burguesía, esto es, la revolución socialista, que expropiará a la burguesía. La revolución socialista puede estallar no sólo como consecuencia de una gran huelga, una demostración callejera, un tumulto provocado por el hambre, un motín en las fuerzas armadas, o una rebelión colonial, sino también como consecuencia de cualquier crisis política, como el asunto Dreyfus, el incidente Zábérn, o en relación con un referéndum sobre la secesión de una nación oprimida, etc.

La intensificación de la opresión nacional bajo el imperialismo hace necesario para la Social-Democracia no renunciar a lo que la burguesía llama la lucha "utópica" por la libertad de separación de las naciones sino por el contrario, aprovechar más que nunca los conflictos que se levantan también en este terreno, con el propósito de suscitar acción de masas y ataques revolucionarios contra la burguesía. (9)

El motivo fundamental por el cual la revolución socialista abarca todo un periodo histórico radica en el carácter combinado del desarrollo de la economía mundial.

Las naciones no desarrolladas y oprimidas no esperan, no dejan de existir, no desaparecen, mientras el proletariado de los países avanzados está derribando la burguesía y repeliendo sus tentativas de contrarrevolución. Si ellas (las colonias, Irlanda) para levantarse en rebelión aprovechan una crisis burguesa imperialista como la guerra de 1914-1918, que es sólo una crisis menor comparada con la revolución social, podemos estar seguros que, con mayor razón, aprovecharán la gran crisis de la guerra civil en los países avanzados.

La revolución social no puede producirse sino en la forma de una época de guerra civil proletaria contra la burguesía en los países avanzados, combinada con toda una serie de movimientos democráticos y revolucionarios, inclusive movimientos de liberación nacional, en las naciones no desarrolladas, atrasadas y oprimidas.

¿Por qué? Porque el capitalismo se desarrolla desiguamente, y la realidad objetiva nos da naciones capitalistas altamente desarrolladas, lado a lado con una cantidad de naciones sólo ligeramente desarrolladas desde el punto de vista económico o totalmente sin desarrollo. (10)

Por eso no existe ni puede existir una revolución "pura", una revolución cuyo estallido y desarrollo pudiera preverse por fórmulas rígidas y abstractas. Aquel que la concibe así, y que luego se sorprende o se indigna de las formas concretas que la revolución social asume es —para emplear una expresión de Lenin— "o bien un pérfido reaccionario, o bien un doctrinario absolutamente incapaz de representarse la revolución social como un fenómeno viviente".

Pues pensar que la revolución social es concebible sin levantamientos de pequeñas naciones en las colonias y en Europa, sin explosiones revolucionarias de una parte de la pequeña burguesía con todos sus prejuicios, sin movimientos de masas proletarias y semi-proletarias no conscientes contra la opresión de los propietarios, de la Iglesia, de la monarquía, de la nación extranjera, etc., pensar así, es renegar de la revolución social. Sólo aquellos que imaginan que en lugar se alinearán un ejército y dirá: "nosotros estamos por el socialismo, y en otro lugar otro ejército dirá: "nosotros estamos por el imperialismo", y que eso será la revolución social, sólo aquellos que sostienen una opinión tan pedante y ridícula han podido insultar la rebelión irlandesa (11) llamándola un "putsch".

Aquel que espera una revolución social "pura" no la verá llegar jamás. Es un revolucionario de palabra, que no comprende lo que es la revolución.

La revolución rusa de 1905 era democrático-burguesa. Consistió en una serie de batallas en que participaron todas las clases, grupos y elementos descontentos de la población. Entre ellos había masas imbuidas aún de los más crudos prejuicios, que perseguían los fines más vagos y fantásticos; hubo pequeños grupos que aceptaban el dinero del Japón, hubo especuladores y aventureros, etc. Objetivamente, el movimiento de

las masas quebraba al zarismo y abría el camino a la democracia; por eso los obreros conscientes lo dirigían.

La revolución socialista en Europa no puede ser otra cosa que una explosión de la lucha de masas de todos aquellos que son oprimidos y descontentos, quienes quiera que ellos sean. Sectores de la pequeña burguesía y los obreros atrasados tomarán inevitablemente parte en ella; —sin su participación, la lucha de masas es imposible, ninguna revolución es posible; y estos elementos, de una manera no menos inevitable, traerán al movimiento sus prejuicios, sus fantasías reaccionarias, sus debilidades y sus errores. Pero objetivamente atacarán el capital y la vanguardia revolucionaria con conciencia de clase, el proletariado avanzado, expresando esta verdad objetiva de las masas más heterogéneas, discordantes y abigarradas y exteriormente desunidas podrá unificar y dirigir el movimiento, conquistar el poder, apoderarse de los bancos, expropiar los trust que todos odian (¡aunque por razones muy variadas!) y realizar otras medidas dictatoriales que darán como resultado definitivo el derrocamiento de la burguesía y la victoria del socialismo, el cual sin embargo, de ninguna manera se "purgará" inmediatamente de las escorias pequeño burguesas.

La dialéctica de la historia es tal que las pequeñas naciones, impotentes como factores independientes en la lucha contra el imperialismo, juegan un papel como uno de los fermentos, uno de los bacilos que favorezca la aparición de la verdadera fuerza dirigente contra el imperialismo, esto es, el proletariado socialista.

Los Estados Mayores en la guerra actual, se esfuerzan cuidadosamente en utilizar todo movimiento nacional y revolucionario en el campo enemigo: los alemanes tratan de utilizar la rebelión irlandesa, los franceses quieren utilizar el movimiento checo, etc. ¿Desde su punto de vista tienen perfecta razón. No se puede conducir seriamente una guerra seria sin tratar de aprovechar la menor debilidad del adversario, sin tratar de asir la menor oportunidad, tanto más que es imposible prever de antemano, en qué momento, dónde y con qué fuerza estallará tal o cual polvorín. Seríamos muy malos revolucionarios si, en la gran guerra proletaria por la emancipación y el socialismo, no supiéramos utilizar cualquier movimiento popular contra tales o cuales calamidades del imperialismo, buscando de agudizar y extender la crisis. Si, por una parte nos ponemos a declarar y a repetir de mil maneras que somos adversarios de toda opresión nacional, y, por otra parte, al mismo tiempo, llamamos "putsch" el levantamiento heroico del sector más móvil e inteligente de ciertas clases de una nación oprimida contra sus opresores, nos rebajamos al nivel de estupidez de los kautskistas.

La desgracia de los irlandeses consiste en que se levantaron prematuramente, cuando la insurrección europea del proletariado no había madurado todavía. El capitalismo no está aún organizado con tanta armonía que las diversas fuentes de insurrección puedan por sí mismas fusionarse de golpe, sin reveses ni derrotas. Por el contrario, el hecho mismo que las insurrecciones estallen en momentos diferentes, en diferentes lugares y con caracteres diferentes, garantiza el alcance y la profundidad del movimiento general; sólo por medio de movimientos revolucionarios prematuros, parciales, esporádicos y por lo tanto destinados a reveses, las masas adquirirán experiencia, aprenderán a desenvolverse, agruparán sus fuerzas, y prepararán así el asalto general, de la misma manera que las huelgas y manifestaciones parciales, locales y nacionales, los motines entre las tropas, las grandes explosiones entre los campesinos, etc., han preparado el asalto general de 1905. (12)

La Cuestión Nacional en América Latina

Cada revolución tiene sus rasgos "originales". La "originalidad" de la revolución latinoamericana consiste en que en ella la cuestión nacional se presenta bajo una faz completamente nueva. Aquí el derecho a la autodeterminación no significa el derecho a la separación, sino el derecho a la unión.

En América Latina el capitalismo inglés (y más tarde el yanqui), para desplazar a España, se vieron obligados a fomentar los movimientos de liberación nacional de las burguesías criollas. Desde las dos invasiones inglesas al Rio de la Plata hasta los

Intentos emancipadores del cubano José Martí —cuyo cuartel general estuvo con frecuencia en la “democrática” república del Norte— la lucha de las burguesías latinoamericanas contra el imperio feudal de España estuvo bajo el signo de la diplomacia inglesa y yanqui.

Para esta diplomacia debía “dividir para reinar”. Debía evitar a toda costa la formación de un nuevo y gran estado nacional, al cual empujaban con gran fuerza la historia, la geografía y el idioma. América Latina debía permanecer como “reserva”, como gran continente virgen que proveyera mano de obra “indígena” barata, abundantes materias primas y territorios abiertos para futuras inversiones.

Así, pues, el capitalismo fomentó en América Latina la formación de Estados ficticios como medio de impedir la constitución del único Estado históricamente viable, del único que podía liquidar su atraso: los Estados Unidos de América Latina. El capitalismo anglo-yanqui fué el más celoso defensor de la “soberanía” de los Estados latinoamericanos (doctrina de Monroe, “panamericanismo”) en la medida en que esta “soberanía” era el símbolo de su división y de su debilidad.

★

Las burguesías de América Latina, por su parte, revelaron desde el comienzo su total incapacidad para llevar hasta el fin su tarea nacional. Los sueños ambiciosos de Bolívar y de San Martín se estrellaron contra la dura realidad de la inexistencia de una estructura económica que les sirviera de base. En la antigua colonia española las fuerzas centrífugas —impulsadas por el atraso, la debilidad de las burguesías, la influencia del capitalismo extranjero— eran irresistibles.

★

La realización de las tareas nacionales en América Latina estaba ligada al nacimiento de una nueva clase social, el proletariado industrial. Pero el proletariado de América Latina lucha por la unificación con sus propios métodos, levantando la consigna de los ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS SOVIETICOS DE AMERICA LATINA. No renuncia a utilizar ninguna de las contradicciones que la estructura anárquica de la sociedad imperialista le ofrece —renunciar a su utilización sería contrarrevolucionario, sin ellas el proletariado no puede tomar el poder— pero no pierde de vista ni por un instante, en cada uno de los momentos del desarrollo, la concepción general de la revolución permanente. “La política del proletariado, en el problema nacional (como en los demás problemas), sólo apoya a la burguesía en una dirección determinada, pero nunca coincide con su política” (Lenin). Manteniendo constantemente su independencia política, su bandera de lucha, sus principios y su programa, la vanguardia revolucionaria se demarca siempre, netamente, de las tendencias nacional-burguesas.

Pero la vanguardia revolucionaria se demarca no menos netamente de las tendencias social-demócratas, oportunistas y centristas, que bajo la cortina de humo de una política de “oposición irreconciliable”, libre de todo “compromiso”, constituyen los epígonos pequeño-burgueses al servicio del imperialismo.

Estas tendencias encuentran hoy en la Argentina una expresión acabada en ese suplemento “teórico” de “La Vanguardia” que aparece bajo el nombre de “El Militante”.

El rasgo esencial de la posición de “El Militante” lo constituye la negación del carácter semicolonial de la Argentina. Con ello se pretende desligar la revolución argentina de la latinoamericana,

y revisar el programa de la Internacional sobre América Latina. Nuestra tarea central no sería la de los “Estados Unidos Socialistas Soviéticos de América Latina” sino la revolución socialista en la Argentina. Se habría encontrado un atajo, un camino más sencillo no son ni pueden ser trotskistas. Ponemos corto hacia el socialismo. La revolución democrático-burguesa en la Argentina se da por realizada. Las tareas nacionales del proletariado argentino se dan por cumplidas (13). Los epígonos ignoran (o fingen ignorar) que en América Latina ningún país puede realizar la revolución democrático-burguesa por sí solo. La toma del poder por la clase obrera en la Argentina sólo puede concebirse como el resultado de una profunda movilización del proletariado y del campesinado de toda América Latina, que ponga a sus pueblos en tensión histórica hacia la consecución de sus objetivos nacionales y socialistas.

Ninguno de los pueblos de este continente atrasado puede eludir la tarea democrático-burguesa de su unificación en un gran estado nacional —el proletariado y el campesinado argentino menos que ningún otro. El hecho que sea el proletariado y no las burguesías nacionales quien llevará a su término las tareas democrático-burguesas no les quita a éstas nada de su importancia. Lenin señaló la importancia del problema nacional aún para los avanzados países de Europa. Pero el problema nacional adquiere una importancia trascendente en América Latina. El olvido de nuestras tareas nacionales por parte de “El Militante” lo coloca en una posición revisionista y capituladora frente al imperialismo. Quienes sostienen tal posición guardan a los obreros avanzados contra esta falsificación del programa de la IV Internacional.

★

El carácter semicolonial de la Argentina está determinado, en última instancia, por el carácter semicolonial de América Latina en su conjunto. Para aclarar las ideas al respecto, haremos una comparación entre la Argentina e Italia.

En Italia existen elementos de opresión nacional. Están dados por la ocupación militar y por las grandes cargas (“reparaciones”) que los “Aliados” le han impuesto. A esos factores de opresión nuestra Internacional responde con la consigna del retiro de todas las tropas de ocupación, y de una paz sin anexiones ni indemnizaciones. Pero Europa en su conjunto ha superado la etapa democrático-burguesa. La coyuntura de opresión nacional en que se hallan algunos países (como Italia) no modifica en lo más mínimo el carácter socialista de la revolución europea. ¡Las partes están subordinadas al todo!

Fijemos ahora nuestra vista en la Argentina. Su agricultura posee un carácter capitalista. Su industria da trabajo a un proletariado concentrado y numeroso. ¡Es un país acreedor! Sin embargo el problema de su liberación nacional del imperialismo sigue siendo un problema no resuelto. Las tareas democrático-burguesas siguen siendo tareas no superadas. La Argentina no puede conquistar una posición como país independiente, por la simple razón de que la independencia de América Latina y de cada uno de los “países” que la componen sólo puede conquistarse a través de su unificación en un gran estado nacional. La unidad de América Latina: eso significa para nosotros la revolución democrático-burguesa. Negarlo significa revisar todas las concepciones de la Internacional sobre la estrategia del comunismo revolucionario en los países atrasados.

Esa negación constituye —como ya lo hemos señalado— el rasgo esencial del “Militante”. El cual,

al asumir esa posición, incurre en una triple contradicción:

A. — “La Argentina ya no es un país semicolonial”. Entonces, eminentísimos señores epígonos haced el favor de decirnos: ¿cuándo y en qué forma se hizo en la Argentina la revolución democrático-burguesa? ¿No contestáis? Pues contestaremos nosotros. Hasta 1916 la Argentina era una “casi” colonia. La subida de Irigoyen al poder no modificó —en lo esencial— esa situación (14). Uriburu y Justo representaron la reacción oligárquico-imperialista. Ortiz y Castillo prolongaron, con características semibonapartistas —en las nuevas condiciones de la guerra— esa política. Por lo tanto de acuerdo con vuestra concepción, ¿cuándo debió hacerse la revolución democrático-burguesa? ¡Apretad los dientes! ¡Contemplad la cabeza de la Medusa! Esa revolución fué... ¡el 4 de Junio de 1943! Pero ahora viene la contradicción (nada dialéctica) en que incurris, señores epígonos: ¿por qué, si el 4 de Junio tuvo ese contenido democrático-burgués, por qué no lo apoyásteis (críticamente)? ¿Por qué lo llamásteis una “dictadura” de corte “totalitario”.

B. — Admitamos —por un instante— que vuestra primera afirmación sea correcta. La Argentina ya no es un país semicolonial. Es un país capitalista avanzado. Pero en ese caso el gobierno de Perón debería representar —como el gobierno de todo país capitalista— a “su” burguesía. ¿Como es posible, entonces, afirmar que el gobierno de Perón representa en la misma medida no sólo a la burguesía nacional, sino también al imperialismo (yanqui, inglés, eso no se aclara bien). ¡Contemplad la cabeza de la Medusa y contestad, epígonos!

C. — Pero admitamos todavía que vuestra segunda afirmación sea exacta, que Perón no representa tan sólo a la burguesía nacional, sino también al imperialismo (no intentemos aclarar cuál). Sin embargo, Perón firma con los Estados vecinos (Chile, Uruguay, Paraguay, etc.) tratados de extraordinaria importancia, que tienden a englobarlos en una sola unidad económica. Y vosotros andáis murmurando que se trata nada menos que “imperialismo argentino”. Pero si Perón es “también” un representante del imperialismo (inglés, yanqui, etc...), ¿cómo es posible que en sus relaciones con los demás Estados de América Latina haga una política de nacionalismo argentino? ¡Contemplad por última vez la cabeza de la Medusa, y tratad de contestar, señores apéndices posteriores de “La Prensa”, “Argentina Libre” y “La Vanguardia”!

★

Algunas palabras —para concluir— sobre el papel político de los escribas del “Militante”.

La IV Internacional, como toda organización revolucionaria, prosigue su desarrollo a través de sus propias contradicciones. No está sustraída —ni puede estarlo— a las poderosas influencias del enemigo de clase. Eso explica como un periódico que en su primer número decía: “¡Por la IV Internacional!”, que en su segundo número rectificaba: “¡Viva la V Internacional!”, pueda adoptar frente a todos los problemas candentes la posición del imperialismo. Los redactores del “Militante” —muy sensibles a la “opinión pública”— elaboran (mejor sería decir: “coinciden”) su posición con los elementos que les proporcionan las agencias noticiosas imperialistas. ¿El imperialismo está interesado en luchar contra el Plan quinquenal? “La Prensa”, “La Nación”, “Argentina Libre”, “La Vanguardia”, etc., etc. Y “El Militante”, se ponen a la tarea de acatar la voz del amo. Es necesario para el imperialismo,

provocar y alimentar con oxígeno una huelga universal de carácter reaccionario? Aquí están todos, con conmovedora unanimidad, desde “La Prensa” hasta “El Militante”, prontos para “apoyar” la huelga (ver el artículo “La Universidad bajo la bota”, digno de la pluma de un Américo Ghioldi).

Los escribas del “Militante” se convierten así en la correa de transmisión del imperialismo en el movimiento de la IV Internacional. Es absolutamente indispensable para la vanguardia revolucionaria delimitarse rigurosamente de ellos, para poder llevar a cabo la educación política de las masas y de sus propios cuadros.

El partido proletario denuncia a sus enemigos donde los encuentra. No teme la polémica pública, que temple a los militantes y ahuyente a los filisteos. Atento a todas las alternativas de la lucha de clases elabora su línea política teniendo en cuenta todos los momentos del desarrollo, su concatenación y su acción recíproca. Rechaza todo “frente único” con el imperialismo, bajo cualquier forma que se presenta y bajo cualquier pretexto. Así como la lucha del proletariado revolucionario contra la burocracia staliniana no le impide defender incondicionalmente a la Unión Soviética contra el imperialismo, así también el proletario no delega en el imperialismo la lucha contra su burguesía nacional. En esto radica el sentido más profundo de las concepciones marxistas-leninistas acerca de la cuestión nacional.

La constitución del Partido Revolucionario

En América Latina la tarea de la construcción del partido revolucionario implica la liquidación del carácter “balcánico” de nuestro movimiento. La misión histórica de la vanguardia es crear un partido bolchevique latinoamericano centralizado, cuya tarea central está definida por la consigna de los ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS SOVIETICOS DE AMERICA LATINA.

Así como la vanguardia revolucionaria del Medio Oriente y de la India ha centralizado y unificado sus fuerzas teniendo en cuenta el carácter de las tareas objetivas democrático-burguesas y socialistas a realizar, del mismo modo nuestro deber es superar la contradicción entre las fronteras creadas artificialmente, y la unidad en la lucha del proletariado y del campesinado de toda América bajo la dirección de la vanguardia revolucionaria. Veinte repúblicas, pero un solo partido revolucionario: La Sección Latinoamericana de la IV Internacional.

NOTAS

(1) Baste recordar la trayectoria de Bujarin, ultrazquierdista durante la época del comunismo de guerra, derechista durante la NEP.

(2) Shachtman y Burnham (que luego escribieron “The Managerial Revolution”) encabezaron en 1950 la lucha contra la consigna de la defensa incondicional de la URSS contra el ataque imperialista, sostenida por L. Trotsky y la mayoría del partido norteamericano de la IV Internacional, el Socialist Workers' Party. La aparición de esta tendencia oportunista —que a fines de 1940 se separó de la Internacional— está ligada a los esfuerzos del imperialismo para transformar la II guerra mundial en una cruzada contra la URSS.

(3) V. I. LENIN, “Sobre el derecho de autodeterminación de las naciones”, Febrero-Mayo de 1914, Obras Escogidas, Edit. Problemas, T. 2, pgs. 302, 303, 307, 308.

(4) Ibid., pgs. 316, 318 y 320.

(5) Es necesario recordar que cuando Lenin habla de la democracia, se refiere siempre a las tareas democrático-burguesas, vale decir, a la lucha contra el feudalismo y la opresión nacional.

(6) V. I. LENIN, “Una caricatura del marxismo y

arrollo ulterior? Nadie puede aún predecirlo. Chamberlain mismo no lo sabe todavía. Una cosa podemos afirmar con seguridad: el DESARROLLO FUTURO de los ataques del imperialismo inglés contra la independencia de México dependerá en alto grado de la conducta de la clase obrera inglesa. Aquí es imposible esquivar la decisión echando mano a fórmulas indefinidas. Una firme resolución es precisa para paralizar la mano criminal de la violencia imperialista. Terminó por eso como he comenzado: ¡la opinión pública espera la firme voz del Partido Laborista inglés!

L. TROTSKY.

Coyoacán D. F., Abril 1938.

P. S. — Varios periódicos imperialistas han intentado presentarme... como un iniciador de la expropiación. Esta insensatez no merecería siquiera la refutación. Yo, una persona privada, gozando de la hospitalidad de este país, me he enterado únicamente por los diarios de todas las etapas de la lucha de los capitalistas extranjeros contra las leyes mexicanas. Pero eso fué completamente suficiente para formar una opinión. Decir esta opinión en voz alta es un deber elemental de todo participante en la lucha de liberación del proletariado. — L. T.

SOBRE DIEGO RIVERA

“EN el campo de la pintura, la revolución de Octubre ha encontrado su más grande intérprete, no en la U. R. S. S., sino en el lejano México... Educado en las culturas artísticas de todos los pueblos, Diego Rivera ha permanecido mejicano en la más profundas fibras de su genio. Pero lo que lo inspiró en sus magníficos frescos, lo que lo elevó

por encima de la tradición artística, en cierto sentido sobre el arte contemporáneo, sobre sí mismo, es el poderoso soplo de la revolución proletaria. Sin Octubre, su poder de penetración creadora en la épica del trabajo, opresión e insurrección, nunca habría alcanzado tal extensión y profundidad. Deseáis contemplar con vuestros propios ojos los móviles ocultos de la revolución social? Ved los frescos de Rivera. Deseáis saber lo que es el arte revolucionario? Ved los frescos de Rivera.

Acercáos un poco más y veréis con toda claridad manchas y raspaduras hechas por los vándalos: católicos y otros reaccionarios, incluyendo por supuesto a los stalinistas. Estos raspones y manchas dan mayor vida todavía a los frescos. Tenéis ante vosotros, no simplemente una “pintura” un objeto de contemplación estética pasiva, sino una parte viviente de la lucha de clases. Y al mismo tiempo una obra maestra!

Sólo la juventud histórica de un país que no ha salido aún del estado de lucha por su independencia nacional, ha permitido al pincel revolucionario de Rivera emplearse en los muros de los edificios públicos de Méjico. En los Estados Unidos fué más difícil. Así como los monjes en la Edad Media, por ignorancia, es cierto, borraron de los pergaminos las producciones literarias antiguas para cubrirlos con sus galimatías escolásticas, lo mismo han hecho los lacayos de Rockefeller, pero esta vez maliciosamente, cubriendo los frescos del talentoso mejicano con banalidades decorativas.

Este moderno palimpsesto mostrará decisivamente a las generaciones futuras el destino del arte, degradado en una sociedad burguesa podrida”.

(De la carta sobre “El Arte y la Revolución”, dirigida a los redactores de la PARTISAN REVIEW, de fecha 19 de junio de 1938).

MEJICO Y EL IMPERIALISMO BRITANICO

LA campaña internacional que los medios imperialistas llevan en torno a la expropiación de las empresas petrolíferas mejicanas por parte del gobierno mejicano, tiene todos los rasgos distintivos de agitación del imperialismo; combina la impudicia, la mentira, la especulación sobre la ignorancia y la firme convicción de su impunidad.

La señal de la campaña fué dada por el gobierno británico cuando declaró el boicot al petróleo mejicano. Un boicot es siempre, como es sabido, también un auto-boicot y, por consiguiente, involucra grandes sacrificios para aquel que boicotea. Gran Bretaña fué la primera ahora el principal adquirente de petróleo mejicano, y muy evidentemente, no por simpatía hacia el pueblo mejicano sino por consideración a sus propios intereses. El principal consumidor de petróleo en Gran Bretaña es el Estado, con su flota grandiosa y su aviación en rápido crecimiento. El boicot al petróleo mejicano por parte del gobierno británico significa, en consecuencia, el boicot simultáneo, no sólo a la industria inglesa, sino también a la defensa nacional.

El gobierno de Mr. Chamberlain ha demostrado, con un cinismo absolutamente sin precedentes, que los beneficios de los bandidos imperialistas están para él por encima de los intereses estatales. Tal es la conclusión fundamental de que deben acordarse seriamente las masas y los pueblos oprimidos!

El levantamiento del general Cedillo ha surgido cronológica y lógicamente de la política de Mr.

Chamberlain. La doctrina de Monroe impide al Almirantazgo británico tomar medidas de bloqueo marítimo del litoral mexicano. Se hace necesario recurrir a los agentes interiores, quienes, ciertamente, no enarbolan abiertamente el pabellón británico, pero sirven los mismos intereses que Chamberlain: los intereses de una pandilla de petroleros. En el “Libro Blanco”, recientemente publicado por la diplomacia británica, no se encuentra, claro está, rastro alguno de las conversaciones de sus agentes con el general Cedillo: la diplomacia imperialista cumple siempre el principal de sus trabajos bajo el velo del secreto.

Para desacreditar la expropiación a los ojos de la opinión pública burguesa, se la presenta como una medida “comunista”. La ignorancia histórica se combina aquí con la mentira consciente. El Méjico semi-onial lucha por su independencia nacional, política y económica. Tal es, en el estado “actual”, el contenido fundamental de la revolución mejicana. Los magnates del petróleo no son capitalistas de filas, simples burgueses. Poseen las más importantes riquezas naturales de un país extranjero, se apoyan sobre sus millares de millones y sobre el sostén militar y diplomático de sus metrópolis, y se esfuerzan por establecer en el país sojuzgado un régimen de feudalismo imperialista, procurando subordinarse la legislación, la justicia y la administración. En estas condiciones, la expropiación es el único medio serio de salvaguardar la independencia

nacional y las condiciones elementales de la democracia.

Cualquiera que sea la dirección en que evolucione, el desarrollo económico ulterior de México, dependerá en un grado creciente, de factores de carácter internacional. Pero esto es una cosa del porvenir.

Actualmente, la revolución mejicana cumple la misma obra que los Estados Unidos; por ejemplo, cumplieron durante tres cuartos de siglo, al comenzar por la guerra civil para la abolición de la esclavitud y la unificación nacional. El gobierno británico, no solamente hizo todo lo que le fué posible, a fines del siglo XVIII, por mantener los Estados Unidos en una condición de colonia, sino que todavía más tarde, en los años de la guerra civil, sostuvo a los esclavistas del sur contra los demócratas del Norte, esforzándose, en nombre de sus intereses imperialistas, por volver a arrojar a la joven república en una situación de atraso económico y de división nacional.

A los Chamberlain de entonces, la expropiación de los esclavistas apareció también como una medida "bolchevista". En realidad, la tarea histórica de los Nordistas fué la de despejar el terreno para un desarrollo democrático independiente de la sociedad burguesa. Precisamente esta tarea es la que resuelve, en la etapa actual, el gobierno de México.

El general Cárdenas se encuentra en la serie de hombres de Estado de su país que han cumplido y cumplen la obra de Washington, de Jefferson, de Abraham Lincoln y del general Grant y no es por azar, entiéndase bien, que el gobierno británico, también esta vez, se encuentra en el lado opuesto de la trinchera histórica.

La prensa mundial, en particular la francesa, por inverosímil que parezca, se dedica a mezclar mi nombre a la cuestión de la expropiación de la industria petrolífera. Si yo he refutado ya una vez este absurdo, no es de ninguna manera porque tema la "responsabilidad", como ha insinuado uno de los agentes charlatanes de la GPU; al contrario: yo consideraría como un honor el tener aunque no fuera más que una parte de responsabilidad por la medida atrevida y progresiva del gobierno mexicano. Pero no tengo la menor razón para hacerlo. Es en los diarios que yo he leído por primera vez el decreto de expropiación.

Pero no se trata evidentemente de esto. El hecho de mezclar mi nombre persigue dos objetivos: primeramente, los organizadores de la campaña desean dar a la expropiación un color "bolchevista"; en segundo término, desean dar un golpe al amor propio nacional de México. Los imperialistas tratan de presentar las cosas como si los hombres de Estado de México fueran incapaces de determinar por sí mismos su camino. ¡Miserable e innoce psicología de los herederos de esclavistas! Es precisamente porque México pertenece todavía al número de los países atrasados que aún deben conquistar su independencia, que engendra entre sus hombres de Estado una osadía de pensamiento más grande que la de los epígonos conservadores de una grandeza pasada. ¡Tal fenómeno se encuentra más de una vez en la historia!

El semanario francés "Marianne", órgano destacado del frente popular, afirma también que el go-

bierno del general Cárdenas ha obrado en el asunto del petróleo no sólo de acuerdo con Trotsky, sino también... en interés de Hitler. Se trata, vean ustedes, de privar de petróleo en caso de guerra a las "democracias" magnánimas y por el contrario de proveerlo a los fascistas alemanes y otros. No es, de ninguna manera, todo esto, más inteligible que los procesos de Moscú. La humanidad sabe, no sin asombro, que Gran Bretaña está privada del petróleo mejicano por la mala voluntad del general Cárdenas y no a consecuencia del autoboycot de Chamberlain. Las "democracias" tienen sin embargo un medio muy simple de paralizar este "plan fascista"; que compren petróleo mejicano, más petróleo mejicano y siempre petróleo mejicano. Para todo hombre honesto e inteligente está desde hoy fuera de discusión que si México se halla obligado a entregar su oro líquido a los países fascistas, la responsabilidad de ello recaerá enteramente sobre los gobiernos de las "democracias" imperialistas.

Detrás de las espaldas de "Marianne" y de sus semejantes se hallan los apuntadores de Moscú. A primera vista esto pudiera parecer inverosímil, porque otros apuntadores de la misma escuela se sirven de un libreto completamente opuesto. Pero el secreto reside en que los amigos de la GPU adaptan sus concepciones a los grados de longitud y latitud. Si los unos prometen su sostén a México, los otros presentan el general Cárdenas como aliado de Hitler.

Los que defienden este último punto de vista, tienen evidente interés en considerar la rebelión petrolera del general Cedillo como una lucha por los intereses de la democracia mundial.

Dejemos sin embargo, abandonados a su propia suerte, a los titiriteros y a los intrigantes. No es de ellos, sino de los obreros conscientes del mundo entero, de quienes nos ocuparemos. Sin forjarse ilusiones y sin asustarse por las calumnias, los obreros avanzados prestarán un firme sostén al pueblo mejicano en su lucha contra los imperialistas. La expropiación del petróleo no es ni comunismo ni socialismo: es una medida profundamente progresiva de autodefensa nacional. Marx no consideraba en modo alguno a Abraham Lincoln como comunista.

Esto no impidió sin embargo a Marx manifestar su profunda simpatía por la lucha que Lincoln dirigía. La Primera Internacional envió al presidente de la guerra civil una nota de salutación y Lincoln, en su respuesta, aprecia calurosamente este sostén moral.

El proletariado internacional no necesita identificar su programa con el del gobierno mejicano. Para nada sirve a los revolucionarios disfrazar, falsificar ni mentir, como lo hacen los cortesanos de la escuela de la GPU que, en los momentos de peligro, venden y traicionan al más débil. Sin abandonar su propia fisonomía, toda organización obrera del mundo entero, Y ANTE TODO DE GRAN BRETAÑA (subrayado de la Red.) tiene la obligación de atacar implacablemente a los bandidos imperialistas, su diplomacia, su prensa y sus lacayos fascistas. La causa de México, como la causa de España, como la causa de China, es la causa de toda la clase obrera del mundo. La lucha alrededor del petróleo mejicano es una de las escaramuzas de vanguardia de los combates futuros entre oprimidos y opresores.

LEON TROTSKY.

Coyoacán, junio 5 de 1938.

LA ADMINISTRACIÓN OBRERA EN LA INDUSTRIA NACIONALIZADA

CUANDO en 1938, el gobierno mejicano de Cárdenas expropió la industria petrolífera de los imperialistas anglo-yanquis, algunos periódicos como el "Daily News", de Nueva York, atribuyeron la medida a la influencia de León Trotsky, entonces exilado en México. Naturalmente, esto era falso.

Trotsky había convenido un acuerdo, que observó escrupulosamente, de que a cambio de su asilo no intervendría en la política mexicana. Por consiguiente, se vió obligado a limitarse a un planteo general de su posición sobre la expropiación. Apoyó la medida explicando sus opiniones en un artículo de fecha 5 de junio de 1938, publicado en el "Socialist Appeal" (órgano del Socialist Workers Party, sección norteamericana de la IV Internacional, ahora "The Militant") del 25 del mismo mes y que publicamos hoy en esta compua

EN los países industrialmente atrasados, el capital extranjero juega un rol decisivo. De aquí la debilidad relativa de la burguesía "nacional" respecto del proletariado "nacional". Esta es una condición especial de las condiciones de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el doméstico, entre la débil burguesía nacional y el proletariado relativamente poderoso. Esto confiere al gobierno un carácter bonapartista "sui generis", un carácter distintivo. Se eleva, por decirlo así, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar ya convirtiéndose en instrumento de capital extranjero y aherrajando al proletariado con las cadenas de una dictadura policial o bien maniobrando con el proletariado y hasta llegar a hacerle concesiones y obtener así la posibilidad de cierta independencia respecto de los capitalistas extranjeros. La política actual (del gobierno mejicano. Trad.) está en la segunda etapa; sus más grandes conquistas son las expropiaciones de los ferrocarriles y de las industrias petrolíferas.

Estas medidas permanecen enteramente dentro del dominio del capitalismo de Estado. Sin embargo, en un país semicolonial, el capitalismo de Estado se halla bajo la fuerte presión del capital extranjero privado y de sus gobiernos y no puede mantenerse sin el apoyo activo de los obreros. Por esto intenta, sin dejar que el poder real escape de sus manos, colocar sobre las organizaciones obreras una parte considerable de la responsabilidad por la marcha de la producción en las ramas nacionalizadas de la industria.

¿Cuál debe ser en este caso la política del partido obrero? Por supuesto, sería un error desastroso, una abierta impostura, afirmar que el camino al socialismo pasa, no a través de la revolución proletaria sino a través de la nacionalización por el estado burgués de varias ramas de la industria y su transferencia a manos de las organizaciones obreras. Pero no se trata de eso. El gobierno burgués mismo ha llevado a cabo la nacionalización y se ha visto obligado a pedir la participación de los obreros en la administración de la industria nacionalizada.

Se puede, naturalmente, rehuir la cuestión mencionando el hecho de que si el proletariado no toma

ción. Se ignoraba que Trotsky había escrito más ampliamente sobre otro aspecto de la expropiación: la colocación de la industria petrolífera, por parte del gobierno mejicano, bajo la administración de los obreros.

En abril de 1946, Joseph Hansen, ex secretario de León Trotsky visitó a Natalia Trotsky. También a amigos de Trotsky. Entre ellos a uno que hasta hecho un estudio sobre la expropiación. Este amigo dijo haber conversado con Trotsky durante toda una tarde sobre la administración obrera de una industria expropiada en un país capitalista.

Trotsky prometió considerar el asunto más ampliamente. Tres días después, el secretario francés de Trotsky le comunicó por teléfono que Trotsky había escrito un corto artículo. Este notable artículo no había sido publicado hasta ahora. La fecha probable puede fijarse para mayo o junio de 1938.

el poder, su participación en la administración de las empresas del capitalismo estatal no puede dar resultados socialistas. Sin embargo, tal política negativa del ala revolucionaria no sería comprendida por las masas y fortalecería las posiciones del oportunismo. Para los marxistas no se trata de construir el socialismo con las manos de la burguesía, sino de utilizar las situaciones tales como se presentan dentro del capitalismo de Estado y hacer avanzar el movimiento obrero revolucionario.

La participación en los parlamentos burgueses no puede dar a la larga importantes resultados positivos; en ciertas condiciones conduce incluso a la desmoralización de los diputados obreros. Pero este no es un argumento para los revolucionarios en favor de, antiparlamentarismo.

Sería inexacto identificar la política de participación obrera en la industria nacionalizada con la participación de los socialistas en un gobierno burgués (que se denomina "ministerialismo"). Todos los miembros del gobierno están comprometidos por lazos de solidaridad. Un partido representado en el gobierno es responsable por la política entera de ese gobierno como un todo. La participación en la administración de cierta rama de la industria da plenas oportunidades para la oposición política. En caso de que los representantes obreros estén en minoría en la administración, tienen todas las oportunidades para declarar y publicar sus proposiciones que fueran rechazadas por la mayoría, ponerlas en conocimiento de los obreros, etc.

La participación de los sindicatos en la administración de la industria nacionalizada puede compararse con la participación de los socialistas en los "gobiernos municipales", donde los socialistas obtienen a veces la mayoría y están obligados a dirigir una importante economía municipal en tanto que continúan rigiendo las leyes burguesas de propiedad. En la municipalidad, los reformistas se adaptan pasivamente al régimen burgués. Los revolucionarios, en este terreno, hacen todo lo posible en interés de los obreros y al mismo tiempo les enseñan, a cada paso, que la política es impotente sin la conquista del poder estatal.

La diferencia, sin duda, es que en el campo del gobierno municipal, los obreros conquistan ciertas

posiciones mediante elecciones democráticas, mientras que en el dominio de la industria nacionalizada el mismo gobierno los invita a tomar ciertos puestos. Pero esta diferencia tiene un carácter puramente formal. En ambos casos la burguesía está obligada a ceder a los obreros ciertas esferas de actividad. Los obreros las utilizan en "su propio interés".

Sería tonto cerrar los ojos a los peligros que surgen de una situación en que los sindicatos desempeñan un rol dirigente en la industria nacionalizada. La base de este peligro reside en la conexión de los principales líderes sindicales con el aparato del capitalismo estatal, la transformación de los representantes del proletariado en huéspedes del gobierno burgués. Pero a pesar de lo grande que pueda ser este peligro, constituye sólo una parte del peligro general, más exactamente de una enfermedad general, es decir, la degeneración burguesa del aparato sindical en la época imperialista, no sólo en los viejos centros metropolitanos sino también en los países coloniales. Los líderes sindicales son, en la abrumadora mayoría de los casos, agentes "políticos" de la burguesía y de su estado. En la industria nacionalizada ellos pueden convertirse y ya están convirtiéndose en agentes "administrativos" directos. Contra esto no hay otro remedio que la lucha por la independencia del movimiento obrero en general, y en particular con la formación en el seno de los sindicatos de un firme núcleo revolucionario que sea capaz, mientras mantiene al mismo tiempo la unidad del movimiento sindical, de luchar por una política de clase y por una composición revolucionaria de los cuerpos directivos.

Otra clase de peligro estriba en el hecho de que los bancos y otras empresas capitalistas, de los cuales una rama determinada de la industria depende en el sentido económico, pueden utilizar y utilizarán métodos especiales de sabotaje para poner obstáculos en el camino de la administración obrera, desacreditarla y empujarla al desastre. Los líderes reformistas intentarán evitar este peligro mediante la servil adaptación a las exigencias de los proveedores capitalistas, en particular de los bancos. Los líderes revolucionarios, por el contrario, sacarán, del sabotaje de los bancos, la conclusión de que es necesario expropiar los bancos y establecer un "banco nacional único", que sería como la contaduría de la economía entera. Naturalmente, esta cuestión debe ser indisolublemente unida con la cuestión de la "conquista del poder por la clase obrera".

Las diversas empresas capitalistas, nacionales y extranjeras, participarán inevitablemente en una conspiración con las instituciones estatales para poner obstáculos en el camino de la administración obrera de la industria nacionalizada. Por la otra parte, las organizaciones obreras que están en la administración de las diversas ramas de la industria nacionalizada deben unirse para intercambiar sus experiencias, deben darse mutuamente apoyo económico, deben actuar con sus fuerzas unidas sobre el gobierno, las condiciones de crédito, etc. Por supuesto tal comité central de la administración obrera de las ramas nacionalizadas de la industria debe estar en el contacto más estrecho con los sindicatos.

Para sintetizar, puede decirse que este nuevo campo de trabajo incluye tanto las más grandes oportunidades como los más grandes peligros. Los peligros consisten en que por intermedio de los sindicatos controlados el capitalismo de Estado puede mantener a los obreros en jaque, explotarlos cruelmente y paralizar su resistencia. Las posibilidades revolucionarias consisten en que, basándose en sus posiciones en las ramas excepcionalmente importantes de la industria, los obreros pueden llevar el

ataque contra todas las fuerzas del capital y contra el estado burgués. ¿Cuál de esas posibilidades se impondrá? ¿Y por cuánto tiempo? Es naturalmente imposible predecirlo. Esto depende por entero de la lucha de las diferentes tendencias en el seno de la clase obrera, de la experiencia de los mismos obreros, de la situación mundial. En cualquier caso, para utilizar esta nueva forma de actividad en interés de la clase proletaria y no de la aristocracia y burocracia obreras, sólo se requiere una condición: que exista un partido marxista revolucionario que estudie cuidadosamente cada forma de actividad de la clase obrera, critique toda desviación, eduque y organice a los obreros, gane influencia en los sindicatos y asegure una representación obrera revolucionaria en la industria nacionalizada.

¿Cuál es el porvenir de América Latina?

(Del Manifiesto del Congreso Extraordinario de la IV Internacional reunido en los días 19 a 26 de Marzo de 1940)

EL monstruoso crecimiento del armamentismo en los Estados Unidos es el antecedente lógico de la violenta solución de las complejas contradicciones existentes en el Hemisferio Occidental y no tardará en plantear categóricamente el problema del destino de los países latinoamericanos. El intervalo de la política de "buena vecindad" llega a su término. Roosevelt o el sucesor no tardarán en mostrar el puño de hierro hasta ahora cubierto con un guante de terciopelo. Dicen las tesis de la IV Internacional: "Los países de Sud y Centro América no pueden librarse del atraso y del sometimiento si no es uniendo a todos sus Estados en una poderosa federación. Esta grandiosa tarea histórica no puede acometerla la atrasada burguesía sudamericana, representación completamente prostituida del imperialismo, sino el joven proletariado latinoamericano, señalado como fuerza dirigente de las masas oprimidas. Por eso, la consigna de lucha contra las violencias e intrigas del capital financiero internacional y contra la obra nefasta de las camarillas de agentes locales, es: "Los Estados Unidos Socialistas de Centro y Sud América". Escritas hace seis años, estas líneas adquieren ahora una candente actualidad.

Guiado por su propia dirección revolucionaria, el proletariado de las colonias y semicolonias ha de lograr la invencible colaboración del proletariado de los centros metropolitanos y de la clase obrera de todo el mundo. Esta colaboración es la única que puede conducir a los pueblos oprimidos a la emancipación completa y definitiva, a través del derrocamiento del imperialismo en el mundo. La victoria del proletariado internacional ahorrará a los países coloniales el lento proceso de desenvolvimiento capitalista, dándoles la posibilidad de llegar al socialismo junto con el proletariado de los países avanzados.

La perspectiva de la revolución permanente en ningún caso significa que los países atrasados deban esperar la señal de partida de los más desarrollados, ni que los pueblos coloniales aguarden pacientemente que el proletariado de los centros imperialistas los libre. Al que se ayuda lo ayudan. Los obreros deben luchar revolucionariamente en todos los países, sean coloniales o imperialistas, donde existan condiciones favorables, dando así un ejemplo a los obreros de otros países. La iniciativa y la actividad, la intrepidez y la audacia, son las únicas que pueden materializar la consigna: "Trabajadores del mundo, uníos".

La Lucha por la Revolución en Latino-América es inseparable de la Lucha contra el Imperialismo -

(Respuestas de León Trotsky a las preguntas de Mateo Fossa. - Septiembre de 1938)

FOSSA. — ¿Cuál es la perspectiva para la revolución mexicana? ¿Cómo ve usted la devaluación de la moneda en conexión con la expropiación de riquezas en tierra y petróleo?

TROTSKY. — No puedo explayarme en estas preguntas con suficientes detalles. La expropiación de la tierra y de la riqueza natural es para México una medida indispensable de defensa natural. Sin satisfacer las necesidades diarias del campesinado, ninguno de los países latinoamericanos retendrá su independencia. El descenso del poder adquisitivo de la moneda es sólo uno de los resultados del bloqueo imperialista contra México, que ha comenzado. La privación material es inevitable en la lucha. La salvación es imposible sin sacrificios. Capitulando frente a los imperialistas significará entregar la riqueza natural del país al despojo y al pueblo a la declinación y extinción. Naturalmente, las organizaciones obreras deben cuidar que el ascenso del costo de la vida no sobrecaiga en los trabajadores.

FOSSA. — ¿Qué puede usted decir sobre la lucha de liberación de los pueblos de la América Latina y de los problemas del futuro? ¿Cuál es su opinión sobre el aprismo?

TROTSKY. — No estoy suficientemente al tanto de la vida individual de los países de la América Latina para permitirme dar una respuesta concreta sobre las cuestiones planteadas por usted. Es claro para mí, de cualquier manera, que las tareas internas de esos países no pueden ser resueltas sin una lucha revolucionaria simultánea contra el imperialismo. Los agentes de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Lewis, Jouheaux, Lombardo Toledano, los stalinistas, tratan de sustituir la lucha contra el imperialismo por la lucha contra el fascismo. Hemos observado sus esfuerzos criminales en el reciente Congreso contra la guerra y el fascismo. En los países de la América Latina los agentes de los imperialistas "democráticos" son especialmente peligrosos, desde que son más capaces de engañar a las masas que los agentes declarados de los bandidos fascistas.

Tomaré el más simple y demostrativo ejemplo. En Brasil existe hoy un régimen semifascista que ningún revolucionario puede ver sino con odio. Supongamos, sin embargo, que mañana Inglaterra entrara en un conflicto militar con el Brasil. Yo le pregunto: ¿de qué lado del conflicto estará la clase obrera? Le contestaré por mí mismo personalmente: en este caso yo estaré de parte del Brasil "fascista" contra la Inglaterra "democrática". ¿Por qué? Porque en el conflicto entre esos dos países no será una cuestión de democracia o fascismo. Si Inglaterra triunfara pondría otro dictador fascista en Río de Janeiro y colocaría una doble cadena alrededor del Brasil. Si por el contrario, el Brasil fuera el que triunfara, ello daría un poderoso impulso a la conciencia nacional y democrática del país y llevaría al derrocamiento de la dictadura de Vargas. La derrota de Inglaterra, al mismo tiempo, daría un golpe al imperialismo británico e impulsaría el movimiento revolucionario del proletariado inglés. Verdaderamente, hay que tener la cabeza vacía para reducir los antagonismos mundiales y los conflictos militares a la lucha entre fascismo y democracia. Bajo cualquier máscara hay que aprender a distinguir a los explotadores, dueños de esclavos y ladrones.

En todos los países latinoamericanos, los problemas de la revolución agraria están indisolublemente conectados con la lucha antiimperialista. Los stalinistas están hoy traidoramente paralizando una y otra. Para el Kremlin, los países latinoamericanos

son poca cosa en su trato con los imperialistas. Stalin dice a Washington, Londres y París: "reconocedme como un socio en igualdad de condiciones y os ayudaré a aplastar el movimiento revolucionario en las colonias y semicolonias; para eso tengo a mi servicio centenares de agentes como Lombardo Toledano". El stalinismo ha llegado a ser la lepra del movimiento liberador mundial.

No conozco el aprismo lo suficiente para dar un juicio definitivo. En Perú la actividad de este partido tiene un carácter ilegal y por consiguiente difícil de observar. Los representantes del Apra en el Congreso de Septiembre contra la guerra y el fascismo, reunido en México, han tomado, tanto como yo puedo juzgar, una posición digna y correcta junto con los delegados de Puerto Rico. Queda la esperanza de que el Apra no caiga presa del stalinismo, porque esto paralizaría el movimiento liberador en el Perú. Creo que acuerdos con los apristas para tareas prácticas definidas son posibles y deseables bajo la condición de una completa independencia de organización.

FOSSA. — ¿Qué consecuencias tendrá la guerra para los países de la América Latina?

TROTSKY. — Sin duda ambos campos imperialistas tratarán de arrastrar a los países latinoamericanos en el remolino de la guerra para esclavizarlos completamente después. El vacío ruido "antifascista" sólo prepara el terreno para los agentes de uno de los campos imperialistas. Para recibir la guerra mundial preparados, los partidos revolucionarios de la América Latina deben desde ya tomar una actitud irreconciliable hacia todos los grupos imperialistas. Sobre la base de la lucha por su propia preservación, los pueblos de la América Latina deberían estrecharse mutuamente.

En el primer período de la guerra la posición de los países débiles puede llegar a ser muy difícil. Pero los campos imperialistas se irán debilitando más y más cada mes que pase. Su lucha mortal permitirá a los países coloniales y semicoloniales levantar sus cabezas. Esto se refiere, naturalmente, también a los países latinoamericanos. Ellos serán capaces de alcanzar su completa liberación si a la cabeza de las masas se encuentran partidos y sindicatos verdaderamente revolucionarios, antiimperialistas. De trágicas circunstancias históricas no puede salirse con estratagemas, frases huecas y pequeñas mentiras. Debemos decir a las masas la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad".

APARECERA PROXIMAMENTE "VIDA DE LENIN"

UNA BIOGRAFIA DEL GRAN
REVOLUCIONARIO, ESCRITA POR

LEON TROTSKY

VERSION AUTENTICA, TRADUCIDA
FIELMENTE DE LA VERSION FRANCESA.
REVISADA POR EL AUTOR

EDITORIAL INDO-AMERICA

Precio: \$ 0.30 m/arg.